



Yo soy la feliz Violeta

Ana María del Río
Karina Cocq

EDICIONES
BIBLIOTECA NACIONAL

EX LIBRIS



Este libro pertenece a:

Yo soy la feliz Violeta

Textos de Ana María del Río
Ilustraciones de Karina Cocq



Yo soy la feliz Violeta

Textos: Ana María del Río

Ilustraciones: Karina Cocq

© Ediciones Biblioteca Nacional, 2017

© Ana María del Río, 2017

© Karina Cocq, 2017

Colección infantil y juvenil

Primera edición: noviembre de 2017

Registro de Propiedad Intelectual N° 284153

ISBN: 978-956-244-395-1

Derechos exclusivos reservados
para todos los países

Biblioteca Nacional de Chile

Av. Libertador Bernardo O'Higgins 651

Santiago de Chile

Teléfono: +562 2360 5327

www.bibliotecanacional.cl

**Director de Bibliotecas, Archivos
y Museos y Representante Legal**

Ángel Cabeza Monteiro

Subdirector Biblioteca Nacional de Chile

Pedro Pablo Zegers Blachet

Dirección editorial

Thomas Harris Espinosa

Coordinación editorial

Ana María Berthelon Idro

Diseño editorial

Felipe Leal Troncoso

Corrección de textos

Pilar de Aguirre

Comité editorial

Claudio Aguilera Álvarez

Ana María Berthelon Idro

Álvaro Bisama Mayné

Óscar Contardo Soto

Daniela Correa Correa

Marco Antonio de la Parra Calderón

Thomas Harris Espinosa

Cristóbal Joannon Ijubetic

Floridor Pérez Lavín

Pedro Pablo Zegers Blachet

Impreso en Salesianos impresores

Yo soy la feliz Violeta

Textos de Ana María del Río
Ilustraciones de Karina Cocq

EDICIONES
BIBLIOTECA NACIONAL

ÍNDICE

12	Primera vez que viajo sola en tren
16	Padre y madre tuve yo
21	Conocí a mis cuatro abuelos
29	Somos once hermanos Parra
33	Mi hermano, el Tito, es mi amigo
38	Cómo era yo cuando chica
42	Me gustan los animales
46	Aprendí a tocar guitarra
51	Yo pintaré mis canciones
54	A Lautaro los boletos
68	La Pascualita es un hada
72	El jardín de la Totito
76	Me quedo con el verano
82	En el año veintisiete
86	Mi hermano menor, Polito
88	Mi fundo en Perquilauquén
92	Personas buenas, de veras
94	Se nos ocurren mil cosas
99	La casa más chiquitita
104	La mejor mamá del mundo
108	Con los gitanos
113	A Parral vamos un día
118	Dejemos lo triste a un lado
124	Se muere mi papacito
128	El angelito Vicente
132	El circo viene a mi encuentro
136	El Tito me manda carta

YO SOY LA FELIZ VIOLETA

PRIMERA VEZ QUE VIAJO SOLA EN TREN

ES EL AÑO 1932, tengo quince años y voy viajando en tren. Estoy contenta y muy nerviosa. Es la primera vez que viajo sola. Mi hermano Nicanor —yo le digo Tito— me mandó a llamar. Quiere que me vaya a Santiago y que estudie allá, porque dice que soy buena para aprender cosas. ¿Cómo será ahora la capital? Debe estar muy grande, porque así lo dice él en sus cartas. Yo solo tengo recuerdos muy vagos, de cuando vivimos allá, cuando era chica. Tengo muchas ganas de llegar, pero también un poco de susto.

Fue una decisión muy difícil. Mi mamá quedó con pena, pero sabía que es lo mejor para mí, así es que me dejó partir.

Mientras viajo, voy recorriendo con la vista los campos del sur, en los que pasé cuando chica. Mi infancia va quedando atrás a toda velocidad. Siento que en cada estación partes de mi cuerpo van quedando lejos, en la tierra, como si me fuera deshaciendo al ritmo del traqueteo del tren. Veo mis ojos escondidos en el verde de las regiones del sur. Me imagino que uno de mis brazos se queda en un pueblo, en Buin, y que el otro va a parar a San Vicente. Todo es muy loco, voy medio soñando, medio despierta. En realidad, creo que sé lo que me pasa. Echo mucho de menos el sur, donde nací y he vivido hasta ahora. Todo lo que he pasado se me agolpa en la memoria. No puedo dejar de pensar en mi infancia. Cierro los ojos y me veo cuando era niña, palomilla, corriendo para todos los lados, junto con todos mis hermanos, haciendo diabluras, arrancándonos para cualquier parte para ir a ver cualquier cosa, yéndonos a comer mora al campo, bañándonos en un tranque. Tengo tantos recuerdos, que mi cabeza parece una bolsa de gatos.

Ya sé lo que voy a hacer. Voy a ir ordenando mi memoria y mis recuerdos y los escribiré para poder leerlos cuando quiera. Así tendré presente ese tiempo, que quiero tanto, y esa tierra, a la que tanto quiero.



Mi infancia está repleta de cosas, de personas, de notas, de músicas que me hacen sonreír. Será muy bueno si logro acordarme de todas, para así tenerlas conmigo, como si fueran un tesoro, el tesoro más grande que puedo tener: el de un tiempo feliz.

No perdamos más tiempo y comencemos a cantarlas y a contarlas...

PADRE Y MADRE TUVE YO

NACÍ EL 4 DE OCTUBRE DE 1917, un año en que pasaron cosas impactantes en el mundo, como el inicio de la Revolución de Rusia.

Vine al mundo en un pequeño pueblito que se llamaba San Fabián de Alicó, que queda cerca de San Carlos, en Chillán, en la Provincia de Ñuble, Chile.

De nombre me pusieron Violeta del Carmen Parra Sandoval, pero mis hermanos me dijeron siempre “la Viola”. Fuí la número tres de once hermanos. Siempre andábamos juntos, en patota, hablando todos al mismo tiempo. Los vecinos decían que éramos revoltosos y buenos para hacer diabluras, simpáticos y alegres.

Mi papá, quien lamentablemente murió hace muy poquito, se llamaba Nicanor Parra, igual que mi hermano mayor. Mi papá era profesor de música y el mejor folclorista de todo Chillán. Estuvo tan contento de que yo hubiera nacido, que decía que me parecía a una flor, y que por eso me había puesto el nombre de una flor. El día que yo nací él hizo una fiesta para celebrar, a la que invitó a todos sus amigos, que eran muchos. A él siempre lo convidaban a las fiestas porque cantaba muy lindo y se acompañaba con la guitarra. Se sabía miles de cantos, y mi mamá decía que cuando lo conoció, se enamoró de él por lo lindo que cantaba.

Mi mamá se llama Clarisa Sandoval. Es campesina, muy buena costurera y también canta muy lindo. Cuando yo era chica ella, en las tardes trabajaba en su máquina de coser y a mí me gustaba mucho eso, porque ella cantaba mientras cosía, y yo la oía y me iba aprendiendo muchas canciones chilenas.

En la fiesta, el día de mi nacimiento, mi papá brindó por mí muy emocionado. Dijo que yo daría que hablar cuando fuera grande. Mi mamá Clarisa dice que yo fui su guagua más “donosita”, o sea, bonita.





Quiero mucho a mis papás, y mi papá siempre me defendía cuando me retaban si hacía alguna maldad. Me hacía cariño en el pelo y me llamaba “su niña”, y a mí me encantaba que me dijera así. Siempre seré su niña. Él me traspasó el gusto por la música y las ocasiones alegres, y a mí me gustan mucho las fiestas y tocar la guitarra. De mi mamá heredé el gusto por los géneros de texturas distintas, los tejidos, los bordados y los hilos de todos los colores. Yo creo que cuando crezca seré pintora y bordadora de arpilleras. En ellas me gustaría mostrar a la gente que vive en nuestro país, lo que hacen, las fiestas, los juegos, todo eso. Bordaré también lo que pasa en mis canciones. Mis arpilleras serán para la gente de Chile. Lo haré tal como me enseñó mi mamá, con los recortes de género que le traía la gente para que los cosiera.

Mi papá y mi mamá se criaron de formas distintas. Mi papá se educó entre libros, se hizo profesor de música y enseñó todo el día en las escuelas. Siempre andaba con su diccionario bajo el brazo y con una canción entre los labios. Era alegre, chistoso, tenía mucho ingenio; sabía hacer unos discursos preciosos, de esos que emocionaban a las señoras. Mi mamá era del campo, así que sabía lo que era la trilla y amasar muy bien; el pan le quedaba exquisito. También hacía un pastel de choclo que era para chuparse los dedos.

En mis primeros años vivimos todos en el campo, en Chillán, y lo pasé muy bien. Todavía me acuerdo de San Fabián y me pongo contenta cuando lo veo. Es verde entero, con un río para bañarse, montañas de todos los tamaños y arbustos de todos los tipos. No conozco un paisaje más lindo que ese y siempre lo tendré en el corazón.

CONOCÍ A MIS CUATRO ABUELOS

POR PARTE DE PADRE

AHORA QUIERO HABLAR de mis abuelos, porque de ahí vienen mis papás. Tengo la suerte de haber conocido a mis cuatro abuelos; sé que no todos los niños tienen esa suerte.

Los quiero presentar, porque fueron muy importantes para mí cuando chica, y hasta el día de hoy siguen siendo los puntales, las columnas que dieron origen a mi vida.

Mi abuelo paterno se llamaba José Calixto y era muy respetado en Chillán. Sabía miles de cosas y había estudiado mucho. Sobre todo, sabía mucho de leyes y todo el mundo lo consultaba. Era muy inteligente y todos tenían muy en cuenta su opinión. Vivió en una casona grande, en Chillán, y a él y a mi abuela, Claudia Alarcón, les gustaba mucho la música y el canto. Mi abuelo José Calixto le enseñó a mi papá a leer música cantando, es decir, a solfear. Su sueño era formar una orquesta en su casa, con arpa, violín, vihuela y guitarra. Fue un hombre querido por todos, respetado y muy popular.

A menudo se hacían grandes fiestas en su casa y, a veces, mi abuelo nos convidaba. Eran celebraciones muy grandes. Mataban corderos y armaban un tremendo banquete. Todos los invitados llegaban con flores. Iba gente muy elegante, y también personas muy sencillas, sin grandes trajes. Nosotros, cuando chicos, correteábamos por entre los ricos y la gente sencilla, igual que todos, armábamos boche, nos reíamos y nos hacíamos bromas. Pero yo me escapaba y me iba a mirar a la gente mayor. Me encantaba mirarlos y oír lo que hablaban. Por eso, Nicanor, mi hermano mayor, dice que yo soy muy curiosa y un poco copuchenta.



Pero igual, lo pasaba muy bien y era un gran día cuando iba a la casa de mi abuelo, sobre todo para su santo. Para San José se hacía una fiesta gigante en su casa, un banquete con montones de platos. La gran mesa era como un cuadro, todavía me acuerdo: era larga, larga como un cuento y había muchos platos, puestos en hilera, con cubiertos plateados, brillantes, que le daban un brillo especial. En cada plato había una trucha guisada al horno y era divertido, porque estaba entera, con los ojitos abiertos y un ají que se le asomaba por la boca. A mis hermanos les daba risa mirar los pescados, pero a mí me encantaba. Había un cocimiento muy aliñado y el olor era exquisito. Aunque estábamos muertos de hambre, había que esperar, educados, a que nos llegara el turno. Ni siquiera se podía pellizcar la comida o sacar cucharadas a escondidas.

Lo que más me gustaba de esas celebraciones era que en las fiestas de mi abuelo todos estaban juntos y lo pasaban muy bien. Venían personas de todas partes y todos estaban muy contentos. Algunos llegaban muy elegantes, yo les miraba la ropa; los hombres que iban con frac se parecían un poco a los pingüinos y las señoras iban con vestidos con vuelos y botoncitos en las mangas, muy lindos. Era divertido, porque cuando llegaban, estos señores y señoras no conversaban con nadie, hablaban entre ellos nomás, y estaban como silenciosos y orgullosos. Pero después de que se tomaban los primeros tragos, se volvían muy conversadores, se reían con todos y eran muy simpáticos. Me encantaba ver ese cambio que se produce en las fiestas.

Eran tantos los invitados que calculo que deben haber tenido que matar como diez corderos para que alcanzara para todos. Entre cada plato servían vino y después de los platos de comida, venían los postres y el bajativo.

Pero, lo que más me gustaba de esas fiestas, era la música. Después de los bajativos, todos se miraban, y entonces él, mi

abuelo José Calixto, se paraba, golpeaba las manos y gritaba con su vozarrón: “¡Que venga la música!”. Ese era el momento más mágico de la fiesta. Llegaban los músicos, que tocaban muchos instrumentos, y se ponían en el centro del salón, en un semicírculo. El canto lo comenzaba el arpa, con escalas de notas que sonaban muy bien, que después las cantoras entonaban la melodía seguidas por el violín, con ese sonido largo y un poquito triste que me encanta. Al final, el músico de la guitarra punteaba las cuerdas y sus manos parecían volar. Yo lo miraba con mucha atención, tratando de ver cómo lo hacía. Lo único que quería era aprender a tocar guitarra, pero era muy chica y ni siquiera la podía tomar. Cantaban y tocaban muchísimas canciones y me aprendía algunas de memoria. Cuando los músicos se iban, el festín terminaba y nos volvíamos a la casa, hablando todos al mismo tiempo, a veces con un pedazo de torta que mi mamá llevaba guardado para comerlo en la noche. Hablábamos como loros, cantábamos y nos reíamos todos.

Desde chica lo que más me gustó siempre fue cantar, porque nació oyendo la música. Una canción campesina fue lo primero que oí en mi vida, fue lo primero que me hizo sonreír. Mis dos padres tenían muy buen oído y mi papá era un artista con la guitarra. Yo pienso que cantar es como hablar, como contar cosas, pero si uno les pone música, lo que se cuenta se vuelve importante y ya no se olvida más. A mí me pasa a cada rato que recuerdo una entonación antes que las palabras. Y también me pasa que, cuando oigo una canción, recuerdo en seguida el momento que viví cuando la oí por primera vez. Es como viajar en el tiempo.

POR PARTE DE MADRE

MI ABUELO MATERNO se llamaba Ricardo Sandoval. Era muy, muy buen mozo. La primera vez que lo vi pensé que se parecía un poco a un ángel: los ojos azules le brillaban, tenía el pelo rubio y crespo y se le formaba como una coronita en la cabeza, igual que a los ángeles. Pero él era de esta tierra, seguro que sí. Montaba muy bien a caballo y tenía una yegua overa con la que iba a todas partes. Dice mi mamá que cuando ella era chica, las jovencitas de los alrededores miraban mucho a su papá y suspiraban, porque lo encontraban muy buen mozo y también cuenta que a su mamá, mi abuelita, eso de las miradas a su esposo no le gustaba nadita.

Mi abuelito Ricardo trabajaba en el campo: era capataz y cuidador de un fundo entero en Malloa, y fue ahí donde nació mi mamá Clarisa. Él ahí era el inquilino más importante: hacía de todo en ese fundo, que era tan grande que, aunque se levantara al alba, a veces no alcanzaba a cumplir con todas sus tareas. Trabajaba de sol a sol, pero la plata no le alcanzaba mucho, porque las cosas siempre iban subiendo de precio y él tenía varios hijos. Pero igual, él era animoso y no le tenía miedo al trabajo ni al esfuerzo. Yo, igual que él, nací porfiada y cuando quiero terminar algo y hacerlo bien hecho, lo hago nomás, aunque me cueste y me canse.

Cuando íbamos a verlo lo miraba trabajar y me di cuenta de que él se encargaba de todo en el fundo. Nada funcionaba si él no estaba ahí para hacerlo. Cuidaba hasta del aire. Se preocupaba de los caballos, les ponía herraduras, los escobillaba, les dejaba brillante su pelo, los llevaba a los potreros, a los animales a pastar, era viñatero, hacía la cosecha de las uvas y cuidaba las parras, que tenía siempre podadas. También se ocupaba del huerto y cultivaba tomates, papas, choclos, ¡uf!, hizo muchas



cosas en su vida. Le daban un pedacito de tierra para que la cultivara y de ahí sacaba para las verduras de su casa. Y todos los días, como a todos los inquilinos del fundo, le daban una galleta, que es un pan grande, amasado, y ese era el pan para el día. Claro que era uno solo. A veces no alcanzaba, y entonces, mi abuela hacía un poco de pan amasado, porque sus hijos eran muchos, como una docena.

Mi abuela, la esposa de mi abuelito Ricardo, era muy buena. También trabajaba todo el día. No se quedaba quieta nunca. Siempre estaba haciendo todas las cosas de la casa: amamantaba a sus guaguas, después iba a buscar agua al río, preparaba masa para el pan, que le quedaba exquisito, criaba pollitos finos y, en verano, sacaba la miel de los panales, con la cara con una máscara como colador, superdivertida, con la que parecía una extraterrestre. Y como si esto fuera poco, la veía todos los febreros, agachadita sobre los potreros, limpiando trigo y segándolo con una hoz. Tampoco paraba de trabajar y siempre estaba contenta.

Esos eran mis abuelos. Mis hermanos Parra Sandoval y yo estamos muy orgullosos de ellos, porque heredamos algunas de sus cualidades. Por ejemplo, Nicanor, mi hermano mayor, salió a mi abuelo, José Calixto, por lo inteligente y lo generoso que es. Yo heredé de mi abuelo José Calixto y de mi papá el gusto por la música y por inventar versos; de mi abuelita Sandoval heredé lo de estar haciendo hartas cosas siempre, de no quedarme quieta nunca. Me gusta la vida así, con hartas cosas que hacer. Además, me encanta soñar con que algún día cantaré y tocaré muy bien la guitarra para la gente, porque la música es un regalo y toda la gente del mundo tiene derecho a escucharla y a alegrarse el corazón con ella.

SOMOS ONCE HERMANOS PARRA





FUIMOS ONCE HERMANOS PARRA. Sumando a mi papá y a mi mamá, éramos trece en la casa. No todos teníamos el mismo apellido. La Olga y la Marta eran de apellido Sandoval, porque eran hijas del matrimonio anterior de mi mamá. Y luego veníamos los nueve Parra Sandoval. Casi siempre andábamos y jugábamos todos juntos ¡y también hacíamos maldades y diabluras!; entonces, nos castigaban a todos juntitos.

La mayor es Olga. Después viene Marta y luego nosotros nueve. Todos tenemos sobrenombres divertidos:

A Nicanor le dicen el Tito.

A Hilda le dicen la Latigona.

A mí me dicen la Viola.

A Eduardo le dicen el Chepe y también el Lalo.

A René le dicen el Nene.

A Elba le dicen la Yuca.

A Roberto le dicen don Rúa.

A Lautaro le dicen el Talo.

A Caupolicán le decían el Polito.

Mi papá y mi mamá nos querían a todos por igual, pero yo era la regalona secreta de mi papá. Nunca me lo dijo, pero sé que era así. Siempre lo escuchaba cuando hablaba y andaba a la siga de él, como una sombra. Él se reía, a veces, de que yo lo anduviera siempre siguiendo. Era muy simpático y también un papá superentretenido. Cuando iba por la calle con él, todos lo saludaban y le encantaba conversar con la gente. A veces lo oía cantar en las fiestas, cuando íbamos nosotros. Sabía decir discursos preciosos y le salían solos de la boca, sin haberlos pensado ni nada. Siempre lo iban a buscar para las celebraciones, los matrimonios, las procesiones y los eventos con las autoridades, cuando había que hablar en público. No sé cómo se le ocurrían tantas cosas a medida que iba hablando, sin papel y sin nada. Las palabras le salían solas de la boca.

MI HERMANO, EL TITO, ES MI AMIGO

NICANOR, MI HERMANO MAYOR, es mi mejor amigo. A él también le encantaba salir y vagar por el campo y yo daba cualquier cosa por estar con él, porque siempre aprendía algo. Una mañana me arranqué con él. Me puse el uniforme como si fuera a ir al colegio, agarré mi bolsón y salí. Partimos muy de mañana, casi antes de que saliera el sol, para que nadie nos viera. El Tito me nombró su ayudante para cazar bichos para su insectario, así que yo estaba muy orgullosa.

Me encantaba salir con él porque sabía que descubriría cosas interesantes y, además, porque era la chiva perfecta para no ir al colegio. Partimos por el camino de tierra, mirando a lado y lado a ver si descubríamos bichos. Pasamos primero por una rosaleda y ahí pescamos varias mariposas. Después encontramos un moscardón y dos sanjuanés preciosos, verde esmeralda brillante. Parecían joyas. Después nos encontramos con un palote y un grillo. También los pescamos para la caja. Al final, encontramos un gorgojo y tres arañas diferentes, una supergrande, y a todos los agarramos.

De repente el Tito me dijo que le faltaba papel para envolver los bichos. Entonces, yo saqué el silabario de mi bolsón y fui y lo rompí nomás, le saqué las hojas. Y ahí el Tito me enseñó a hacer un insectario: al principio me dio pena, pero después me acostumbré. No es difícil: hay que clavarles un alfilerito en la cabeza y pegarlos en el papel. Me quedé mirándolos un buen rato y vi que comenzaban un baile muy rápido, con todas las patitas moviéndose en el aire, como si estuvieran enojados y luchaban hasta que, al final, se quedaban quietos. Entonces el Tito les ponía el nombre en latín y al lado, en castellano.

Pasé una mañana genial y nadie nos pilló, porque después me fui tranquila al colegio y llegué a la última hora, entré, me senté en mi banco y comencé a hacer como que leía. Todavía me acuerdo de esa salida con mi hermano mayor. El Tito se sacó la

mejor nota y su insectario fue el más completo de la clase. Y fue como si yo me hubiera sacado esa buena nota.

Otro día, el Tito me pidió que lo acompañara y también nos arrancamos al alba, al campo. Él quería medir la fuerza de la corriente de un canal. Hicimos lo mismo: nos levantamos antes de que saliera el sol, nos pusimos el uniforme y nos fuimos con los bolsones, como si fuéramos al colegio. Pero partimos hacia el estero de Las Toscas, que es bien profundo, con las aguas claras. Llegamos a la orilla del canal y oímos por un rato, en silencio, el ruido del agua. De repente, el Tito se puso de pie y me dijo que me fuera más allá, donde empieza una plantación de guindos, y me pidió que lo esperara ahí. Yo no entendía para qué quería que me fuera sola para allá, si estábamos lo más bien ahí, junto al agua. Pero él insistió y me dijo que yo era su ayudante y que tenía que fijarme en la velocidad del agua.

—¿Pero cómo! —le grité desde los guindos—. ¿Si yo no sé medir la corriente, cómo quieres que lo haga!

—Muy fácil —me dijo.

Entonces, de repente, se sacó los pantalones y fue y se tiró al agua en calzoncillos, derecho al canal. La corriente lo comenzó a arrastrar. Entonces gritó:

—¿Viola, veme qué tan rápido voy!

Yo tenía tanto susto que no medí nada y di diente con diente. Es uno de los sustos más grandes que he pasado en mi vida. La corriente se lo llevó lejos, como un barquito de papel, porque el estero es muy hondo ahí y todos los veranos se ahogaba gente que se tiraba al agua por el calor.

Empecé a llorar y a rezar: “Virgen Santa, ampáralo, por favor, no dejes que se hunda”. Me hincué y recé con todas mis fuerzas. Y de pronto, vi que el Tito dominaba a la corriente e iba nadando como un barco, tan fresco. Salió más o menos a la altura donde estaba yo, empapado. Me abalancé sobre él y lo abracé, muerta de miedo. Pero él se rió y dijo:

—¿Pero si nado como un pescado, Viola!, ¿acaso no me habías visto nunca?

Por supuesto, cuando me preguntó a qué velocidad iba, le respondí que no tenía idea.

—Pero ¿entonces no tomaste los segundos y la distancia? ¡Había que contar: uno, dos, tres, nada más! — exclamó él.

—¿No hice ninguna cosa! —grité, llorando—. ¡Solo recé para que no te ahogaras, tonto!

Entonces el Tito se puso a reír y me abrazó. Luego, volvimos al colegio. Tampoco nos pillaron esa vez, pero nunca, nunca olvidaré esa salida.



CÓMO ERA YO CUANDO CHICA

YO CORRÍA PARA TODOS LADOS y era muy desordenada. Siempre estaba yendo de una parte a otra, haciendo mandados o buscando cosas. Y también escondiéndome otras veces, para hacer bromas.

Vivíamos cerca de la casa de mi abuelo José Calixto. Nos juntábamos con los otros niños de los campos de por ahí cerca. A veces se armaban tremendas patotas. Nosotros, los Parra, siempre andábamos todos juntos. Hablábamos todos al mismo tiempo y armábamos la gritería por cualquier cosa.

Chacoteábamos, nos hacíamos cosquillas, nos tirábamos cosas por la cabeza, jugábamos al pillarse, a las escondidas, nos subíamos a los árboles a sacar fruta. A veces nos metíamos en la viña en el campo de mi abuelo Ricardo y en los potreros del campo de mi abuelo José, y armábamos bromas y jugarretas.

Los días en que jugábamos a meternos miedo unos a otros gritábamos como no sé qué. Corría todo el día y ese era el tiempo en que me acuerdo que lo pasé más bien en mi vida. Andaba libre para todas partes y terminaba muy chascona, porque el viento me despeinaba mientras corría. Me encantaba jugar al aire libre y mi mamá siempre nos andaba llamando para que fuéramos a comer o para que nos entráramos, cuando ya era muy tarde.

Después, cuando crecí un poco, me mandaron al colegio y a mí eso no me gustó nada. En Chillán fui a la Escuela N° 16, pero yo prefería, lejos, jugar con todos o salir con el Tito, o, por último, quedarme en la casa haciendo cosas entretenidas.

Me cargaba el colegio, lo detestaba con todas mis ganas. Lo que más me costaba era quedarme quieta en clase, derecha, escuchando al profesor, escribiendo sin faltas de ortografía y con bonita letra, más encima. Era horrible. Me cargaba todo

lo de la escuela y llegaba hasta soñar con eso: la campana, los libros, los lápices, el pizarrón, el profesor, los bancos, todo.

En vez de ir a la escuela, prefería irme al campo, a correr, sola, libre, por los cerros y los matorrales, sin nadie que me pusiera notas ni me hiciera leer en voz alta, o que me anotara en el libro de clases por ser conversadora. Me imaginaba que iba desterrada, que ya no podía volver nunca más y me iba hablando con los pajaritos y con los árboles. O conmigo misma. No me gustaba que nadie me dijera lo que tenía que hacer, ni que me dieran tareas aburridas.

A veces, cuando me cansaba, me tendía en el pasto y me quedaba medio dormida. Soñaba con cosas increíbles y, a veces, veía ángeles en mi sueño. Otras veces, me convertía en pajarito y volaba, durante mucho rato, sin detenerme en ninguna parte, sobre el mundo y sobre el aire.

A mí, lo que me hacía feliz era meterme por los caminos, angostitos, entre dos hileras de yuyos, andar y andar. Siempre me iba caminando por los senderos más angostos, para descubrir qué había al final. Me encantaba vivir al aire libre, mirar los árboles, con sus hojas, con sus flores, y quedarme mirando por horas el estero, que parecía infinito. Las cosas de la tierra hablaban: el agua decía cosas y le contestaban los árboles, moviendo sus hojas. Y yo sabía el lenguaje de la tierra. Es cosa de oírlo con atención para entenderlo, y yo lo hacía siempre.

Cuando caminaba sola, me fijaba en cada detalle del paisaje. Ahí era cuando sentía, muy fuerte, que la vida era maravillosa y todavía lo es: siempre están comenzando algunas cosas y se terminan otras. Pero nunca está quieta o tiosa: las cosas nacen, crecen y se mueren una y otra y otra vez. Unas veces brilla el sol y otras hay truenos, relámpagos y lluvia fuerte. Siento que la vida es infinita y que estoy viva y feliz.

Por eso, hasta hoy, me muevo para todos lados y soy desordenada. Comienzo y termino cosas, siempre apurada, para alcanzar a ver todo lo que tiene la vida. Mis hermanos me dicen que soy “pat’e perro” porque todo el tiempo ando saliendo y corriendo.

ME GUSTAN LOS ANIMALES

EN SAN CARLOS, donde crecimos, había muchos animales. A mí me gustaban todos, pero los que más me gustaban eran los perros, los perros callejeros. Les ponía nombre. A uno lo llamé Roble y a otro Sombrero. Jugábamos con ellos al pillarse, con el grupo de niños del barrio. Me encantaba enseñarles a hacer cosas, que se pararan en dos patas o que bailaran. A veces, soñábamos todos con tener un circo de perritos amaestrados y recorrer el mundo con ellos. También me gustaban los caballos y, un poco menos, las vacas, porque tenían mucho olor.

Pero lo aburrido era que tenía que ir al colegio todos los días. En la Escuela 16, trataba de sentarme siempre cerca de la ventana y ahí, con la imaginación, me salía por ella y comenzaba a caminar por el aire, llegaba al cielo azul y aprovechaba para irme lejos, lejos... No, no me gustaba la clase, ni los cuadernos, ni las tareas, ni estar en silencio, ni hacer filas, ni estudiar, no me gustaba nada de eso. Pasaba todo el año yendo al colegio, pero en realidad solo mi cuerpo estaba en la escuela. Yo siempre estaba distraída, muy lejos de ahí. En los recreos, cuando me cansaba de jugar, me sentaba en los escalones del colegio y me imaginaba que me había ido lejos, para siempre, o si no, soñaba que era un arbolito... Las otras niñas me miraban raro y se reían. No entendían que yo me sintiera medio presa en el colegio. A ellas les gustaba ir a la clase y estudiar y levantar la mano cuando se sabían alguna cosa muy bien. Yo nunca levantaba la mano porque me daba lata. Más bien, aprovechaba para irme de ahí, hacia la tierra de los ensueños, que es una tierra libre, donde me gustaría estar siempre.

En esos años primeros de mi infancia, Chillán era para mí el mundo entero. Lo pasaba muy bien. Teníamos una patota de amigos en el barrio, y casi siempre andaba con mis hermanos, pero también me gustaba mucho, mucho caminar y salir sola. Cuando me iba sola me salían al paso otros amigos: soy amiga del sol y de la luna; a veces salía en la noche, al patio de mi casa, solo



para mirarla, cuando estaba llena. Soy amiga de las estrellas. Cuando uno las mira fijo, ellas se desaparecen, saben jugar al escondite. Soy amiga de la neblina, que se tiende sobre toda la tierra, como encaje finito, en algunas mañanas frías. Soy amiga de la nieve también, que deja todo tan elegante y limpio cuando cae sobre todo lo oscuro del mundo. También me hago amiga de los bichitos y de todo lo que tiene vida sobre la tierra. Total, que tengo millones de amigos en el mundo. A veces pienso que me gustaría nombrarlos a todos, para que no se me olviden nunca.

APRENDÍ A TOCAR GUITARRA

EN LAS TARDES, cuando llegaba animado de vuelta del colegio, mi papá sacaba la guitarra y tocaba canciones preciosas. A mí se me salían los ojos mirándolo, porque la música y las canciones es lo que más me gusta en el mundo. Hubiera cambiado todas mis cosas por poder tocar y cantar una canción linda como las que tocaba mi papá. Lo miraba fijamente tratando de memorizar sus manos y las posturas de sus dedos en los puentes de la guitarra.

Pero había un problema: ni mi papá ni mi mamá querían que nosotros aprendiéramos a cantar ni a tocar música. Decían que los músicos pasaban apuros económicos muy grandes y también que teníamos que aprender otras cosas que nos sirvieran más para vivir. ¡Pero a mí lo que más me gusta es la música! ¡Eso es lo que más me servirá a mí para vivir!, pensaba, pero no se lo decía a nadie.

Cuando íbamos a una fiesta grande, la parte donde llegaban los músicos y comenzaban las canciones era mi preferida. Le decía todo eso a mi papá, pero ni él ni mi mamá querían que fuéramos músicos. Estaban tan decididos que, cuando mi papá iba a salir, siempre escondía la guitarra en un cajón con llave.

Un día, cuando mi papá y mi mamá habían salido, me puse a hurguetear por todas partes, porque estaba un poco aburrida. De repente, en un cajón de la máquina de coser de mi mamá, encontré ¡la llave del escondite de la guitarra de mi papá! ¡No podía dejar pasar esa oportunidad! Entonces, me robé la llave, saqué la guitarra a escondidas y comencé a hacer las mismas posturas y las notas que había visto que hacía mi papá cuando cantaba en nuestra casa o en las fiestas. Por suerte, tengo buena memoria: me sabía todas las letras de las canciones que cantaban mi papá y mi mamá en las tardes, en la casa después del trabajo, también las que más se oían en las celebraciones. Estudié sola con la guitarra durante muchos días, apenas veía que mi papá y mi mamá salían. Me metí bien escondida en



mi pieza, y le daba una y otra vez a tocar, hasta que al final las canciones me empezaron a salir mucho mejor. Me gustaba tanto y me concentraba de tal manera que no oía ni hacía caso de lo que pasaba afuera de mi pieza.

Un día, mi mamá llegó antes a la casa. Yo estaba en mi pieza con la puerta cerrada y no la vi. Ella oyó sonar música ¡Y pensó que era la radio! Después se acercó a mi pieza y cuando vio que era yo la que tocaba, se quedó mirándome, muy asombrada. ¿No podía creer que era yo la que estaba tocando! Cuando llegó mi papá en la tarde, le contó lo que había descubierto. Mi papá me miró, sonrió un poco, me chasconeó el pelo... y no dijo nada.

Y así, desde esa vez, me permitieron tocar la guitarra, aunque mi papá no quería enseñarme: seguía sin gustarle la idea de que yo me fuera a dedicar a la música. Pero yo amo la guitarra, y tocaba todo el día, lo que más podía. También trataba de ir a todas las fiestas para aprender muchas más canciones.

Por esa época, aunque todavía era muy chica, decidí que cuando fuera grande tocaría la guitarra y cantarí: no me gustaría hacer nada más. Mis papás me volvieron a decir que los cantores no ganaban casi nada de plata. Pero yo les dije que a mí no me importaba. Me gusta demasiado cantar. Y la plata no puede ser lo único importante de la vida, pensaba.

También, desde chica supe que en un futuro no cantarí cualquier cosa, sino que en mis canciones aparecerían las cosas importantes de la vida: las cosas de la tierra, de la gente, de la vida, de la muerte, de los amigos, de las fiestas y, también, las mismas cosas que soñaba cuando me distraía en el colegio: decidí que le cantarí a la realidad, a las plantas, a los paisajes, a las cosas, a los árboles, a los animales. Todo quiero cantarlo con mi música. Pero sobre todo, quiero cantar a la gente: las cosas que la gente vive, que la gente siente: el amor, la alegría,

la tristeza, todo lo que hay adentro. Porque sé que lo que hay adentro de la gente es la vida.

Me imagino la Tierra como un jardín humano, con flores que son las personas, que adornan toda la Tierra, y yo, como una jardinera, haciendo un ramo con las personas y contando cómo viven, cómo son sus vidas, las cosas en las que creen, los miedos que tienen, los dolores, los problemas, y también las cosas buenas y maravillosas que van pasando en sus vidas.

Sabía que quería cantar todas las cosas del mundo. Pero el problema era que no sabía música, ni las notas, ni solfear, y mi papá no me quería enseñar. Entonces, se me ocurrió una idea: tocaría música como yo la sabía tocar: a mi propio estilo, con las posturas y notas que me fueran saliendo. Pero yo no canto como todos cantan. Soy porfiada y me gusta cantar las canciones a mi manera, que no es la manera como canta la mayoría de los cantores. Canto de una manera especial porque pongo el alma en mi garganta. Así la voz me sale honda, suave y linda. Y también empecé a inventar posturas y maneras distintas de tocar la guitarra. ¡Y me salía bien! ¡A todos les gustaba como tocaba yo, que no se parecía en nada a como cantaban los otros!

YO PINTARÉ MIS CANCIONES

POR ESOS AÑOS, EN MI CASA, como en casi todas las familias de Chillán, teníamos algunos problemas de dinero. El trabajo escaseaba y mis papás tenían que dar de comer a sus niños todos los días. Esto hace que mi mamá se decida, por ahí por el año 1919, partir a Santiago, sola, un tiempo, a tratar de ganarse la vida como costurera. Y por supuesto que lo logró, porque ella es muy hábil con la costura. En ese tiempo, ella estaba esperando a mi hermano Roberto. La Hilda, Nicanor y yo nos quedamos en Chillán con mi papá, a la espera de ver cómo le iría en la capital.

En ese tiempo a mi hermana Hilda le tocó hacer todas las cosas de la casa. Igual, siempre nos arreglábamos para encontrar un rato dedicado a las canciones.

A los pocos meses en Santiago, nació Roberto, y entonces nos fuimos todos para allá a vivir juntos otra vez. Vivíamos en la calle San Pablo, en la esquina con Manuel Rodríguez. Ahí vi trabajar mucho a mi mamá, cosiendo y tejiendo para cumplir con todos los encargos, que eran muchos. Por esos días, ella me enseñó a hilvanar. Uní géneros de muchos colores. Me quedó una especie de jardín, pero de género. ¡Y entonces descubrí algo increíble! ¡Podría pintar cuadros cosiendo géneros! Y se me ocurrió la mejor idea de todas: ¡Inventaría canciones y las pintaría en cuadros cosidos!

El descubrimiento fue tan maravilloso, que pasé unos días pensando en eso sin parar.

Más adelante intentaré pintar mis canciones en cuadros de géneros bordados, con lana, hilos y géneros de colores, parecidos a esos que hice cuando niña. Y lo haré porque mi mamá me había abierto el mundo maravilloso de las formas y de los colores. Ahí todos podrán mirar mis cantos de una sola mirada. Pienso que cuando sea más grande bordaré personas, fiestas, circos, farras, peleas, besos, de todo. Mostraría las canciones, la vida popular,

las costumbres, las tradiciones, todo eso. Lo haría de memoria, sin modelos, porque no los necesito. Y también bordaría las ideas que necesitaba transmitir.

Guardé mi descubrimiento y quedé más feliz que no sé qué.

A LAUTARO LOS BOLETOS

ALCANZAMOS A ESTAR POQUITO tiempo viviendo en Santiago. A mi papá lo nombraron profesor del Regimiento Andino N° 4 de Lautaro, en la Región de La Araucanía. Entonces, partimos todos para allá.

Ese viaje fue inolvidable para mí por dos razones:

La primera fue que partimos una mañana muy temprano desde la casa de la calle San Pablo y nos fuimos todos en procesión hasta un lugar que se llama Estación Central. Me quedé mirándolo con la boca abierta. Era un lugar inmenso, como una catedral, o más grande que una catedral. Tenía miles de miles de fierros que subían hasta el cielo y formaban un arco, como las alamedas de árboles del campo, pero aquí todo era de fierro. Imponente. Nunca había visto algo tan majestuoso. Era más que un castillo, pensé.

Llegamos todos en patota. Mi mamá con mi hermano Roberto, que todavía era guagüita, en los brazos, y nosotros con mi papá detrás de ella. Entramos en la Estación riéndonos, muy asombrados de lo que veíamos. Íbamos detrasito de mi papá, casi pisándole los talones. Yo miraba a todos lados y los ojos se me agrandaban. Y entonces, mi papá nos hizo ir por un puente, que se llama andén, y nos subió a una especie de casa gigante, alargada, también de fierro, sobre muchas ruedas. Era la casa más misteriosa y linda que había visto nunca. Parecía un palacio, pero horizontal. Era muy alta y mi papá tuvo que subirme en brazos, porque yo no alcanzaba los escalones.

—¡Qué linda esta casa! —dije muy contenta—. ¿Ahora vamos a vivir aquí?

Pero nadie me oyó. Mi papá estaba ocupado subiendo el equipaje y ayudando a mi mamá a subir con su guagua. También subían muchas personas más. De hecho, subieron tantas, que

yo pensaba que no íbamos a caber todos. Pero cupimos de lo más bien. A cada familia le tocaba un espacio con asientos enfrentados y una ventana. No se veía la cocina por ninguna parte. Encontraba todo muy raro.

Entonces, después de un rato, cuando estábamos sentados en un lugar lleno de asientos en fila, ¡sentí que la casa se empezaba a mover de pronto, con todos nosotros adentro!

A todos nos dio tanto susto, que empezamos a gritar como locos. Yo me agarré a las piernas de mi papá. Entonces, él nos miró y ahí se dio cuenta de que nosotros ¡nunca nos habíamos subido a un tren! Nos explicó qué era y nos quitó el miedo, diciéndonos que llegaríamos a Lautaro en unas horas más y que aprovecharíamos de mirar el campo por donde íbamos. Me senté pegada a la ventanilla y miré hacia afuera. Era muy divertido.

Me encantó ir en tren. Cuando miraba por el vidrio, me di cuenta de que íbamos a toda velocidad. La vida se ve distinta desde las ventanillas. Los bueyes y las vacas pasaban ligeros como relámpagos por delante mío, y también se movían los puentes, los postes de luz, los caballos, todo, en forma vertiginosa, como en los ventarrones, que arrastran todo.

Entonces, mientras íbamos pasando por el campo, mi papá nos llevó a todos a una ventanilla, al fondo del carro, y nos fue mostrando lo que veíamos: corderos, perritos, vacas, caballos, montañas, bosques. Y, de pronto, nos dijo que miráramos con atención y nos señaló unas cabañitas muy pobres, que medio se caían solas, llenas de hoyos, donde a lo mejor entraba el viento y la lluvia. Yo me extrañé de que nos mostrara eso, que no era muy bonito que digamos. Entonces, nos explicó que ahí vivía la gente pobre y que era una pena que hubiera pobreza en nuestro país, que tiene paisajes tan lindos y majestuosos.

De pronto, las puertas del carro se abrieron y comenzó a pasar una fila de vendedores que ofrecían de todo: peinetas, dulces, paños de cocina, agujas, espejos, pan amasado, tortas dulces, un montón interminable de cosas. Yo me levantaba y me sentaba, sin parar. Quería ver todo lo que llevaban en sus canastos, algunos tapados con paños muy blancos. Me movía tanto y hacía tanto desorden que mi mamá se enojó conmigo y me amenazó con darme un coscacho si no me quedaba quieta. Después, abrió el canasto con el cocaví y ahí nos dimos cuenta de que estábamos muertos de hambre. Nos comimos todo y lo encontramos exquisito.

Pero yo no podía dejar de moverme. Al rato, ya había aprendido a andar por el carro con el tren andando y me mantenía en equilibrio, como los vendedores. Aprendí también, con el Tito, a pasar de carro en carro. Cuando iba entre los vagones me llegaba todo el chiflón del viento y me tiraba el pelo para arriba. Cerraba los ojos y abría los brazos, mientras el viento casi me volaba la cabeza. Me sentía como una reina. Hasta hoy no he olvidado la exquisita sensación de andar en tren. Ese primer viaje lo recuerdo con los olores de los carros, las ventanillas, los asientos, todo. Nunca se me olvidará. A veces, hasta sueño que voy viajando en un tren larguísimo, como la vida misma.

Y la segunda razón por la que recordaré para siempre aquel viaje en tren es porque, justo en ese viaje, ya cerca de Lautaro, me enfermé de viruela, que era una peste muy mala que atacaba por esos años a niños y a grandes. A mí ya me habían dado hartas enfermedades antes, como la peste cristal, tos y todo eso, pero esta fue la peor de todas.

Mi mamá me cuidó como una leona para que yo no me muriera, porque la viruela es muy grave. Me dio muchísima fiebre en el tren y me sentía muy mal. Llegué a Lautaro muy enferma y vimos que en el andén esperaban a mi papá varias personas





muy buenas, que habían ido a recibir al profesor. Nos llevaron a su casa y nos trataron muy bien. Llamaron a un doctor para mí y nos tuvieron unos días en su casa, hasta que nos acomodamos. Y aquí pasó una cosa muy terrible. Resulta que la viruela es una peste muy contagiosa y yo, sin querer, contagié a todo el pueblo de Lautaro. Algunas visitas llegaron a la casa donde estábamos para saludar a mi papá y salieron contagiadas. Así, la peste que yo había llevado se extendió por todas partes.

La gente estaba espantada porque no sabía lo que estaba pasando. En todas las casas comenzó a morirse gente. Algunas personas, que habían ido por unos días nomás a Lautaro, se enfermaron, murieron y nunca pudieron volver a sus casas. Fue una epidemia terrible. Murieron muchos civiles y muchos carabineros, militares, etcétera. Todas eran personas buenas que nos habían ayudado cuando llegamos a Lautaro y que, sin querer, contagiaron a sus amigos.

Lo peor era que había un viento muy fuerte que soplaba desde el mar a la costa, el raco. Y ese viento llevó después la peste hacia los pueblos vecinos a Lautaro y, entonces, esta se transformó en una epidemia. Algunos fueron a la capital a pedirle al ejército que llevara remedios para la zona. Nadie sabía qué hacer y, en el correo, la gente mandaba y recibía miles de telegramas, dando noticias de muertes o pidiendo ayuda.

Yo estuve tres meses completos en cama, casi sin comer. Se me olvidó caminar y tuve que aprender de nuevo. Se me salieron todas las uñas, de los pies y de las manos. Mi cuerpo era una sola costra, me parecía a la pezuña de una vaca. Yo, que cuando chica era bonita, no quedé muy linda. Mi cara se llenó de hoyos, que son las marcas de la viruela, y la cara se me deformó un poco. Pero mi mamá y mi papá estaban muy felices porque, poco a poco, me fui recuperando y el peligro pasó.



A veces, mis papás se quedaban mirándome, me hacían cariño y daban gracias a Dios porque no me había dejado morir. Yo también le doy las gracias. Poco a poco me fui mejorando hasta que volví a ser la de antes, desordenada, corriendo para todos lados y armando jugarretas, como siempre.

Comenzamos a vivir en Lautaro y entré al colegio allá. El primer día llegué con un delantal blanco y con el pelo tomado. Llevaba mi bolsón con los cuadernos. Estaba muy nerviosa. No me gustaba el colegio y menos entrar a uno nuevo, porque no conocía a nadie. Cuando llegué, me rodeó un montón de niñas. Todas hablaban al mismo tiempo. Me miraron y me dijeron: “¿Qué te pasó en la cara? Pareces un pan de pascua”, y todas se largaron a reír, me señalaban con el dedo. Me miraban fijo, se ponían turnias y trataban de remedar mis gestos. Ese fue uno de los peores momentos de mi vida. Me di cuenta de que hay personas, chicos y grandes, que no son generosas o buenas, como las personas que me habían rodeado hasta ese momento.

Cuando llegué del colegio, me miré al espejo y entonces me di cuenta de que tenía hoyitos en la cara. Era la huella que deja la peste. A mí me daban un poco de risa y los encontraba entretenidos. Trataba de contármelos, pero eran tantos y tan chiquitos que resultaba imposible calcular su número. Después pensé en esas niñas del colegio y me encogí de hombros. Así soy y así seré, pensé. Y dejé de estar triste, porque lo que importaba era que había recuperado la salud. Igual, tenía a mis hermanos, a mi papá, a mi mamá y también a la música, que sería mi amiga siempre.

La peste me cambió un poco la cara, pero no mi corazón ni mi cabeza. Soy la misma, pensé. Decidí que mi cara no me iba a importar y, poco a poco, comencé a tener amigas. Todas mis compañeras eran muy bonitas. Las vestían con trajes muy elegantes para ir al colegio y parecían flores. Yo usaba delantal



y los vestidos que nos cosía mi mamá, que eran perfectos, cómodos, para usar a diario. Miraba a mis compañeras y veía que algunas no querían jugar en los recreos ni subirse a los árboles para pescar frutas por miedo a que se les manchara o se les arrugara el vestido. Qué lata, pensaba. Yo corría para todos lados, armaba juegos, hacía bromas y casi todas se reían. No les hacía ningún caso cuando me ponían sobrenombres y me hacía como que no las oía. De a poco se les fue quitando lo pesadas y algunas llegaron a ser muy buenas amigas mías.

Pero las clases me aburrían mucho. Si no me gustaba ir al colegio antes, en ese tiempo empecé a odiarlo más porque era un colegio estricto. No quería ir en las mañanas. A veces hacía como que iba, tomaba el camino del colegio y después me arrancaba a los campos vecinos. Me subía a los árboles o caminaba hacia los cerros y pasaba toda la mañana ahí. Después volvía para las últimas horas y salía con todas las niñas juntas. Lo pasaba muy bien haciendo la cimarra, aunque sabía que no estaba bien.

Hasta que un día llegó una profesora distinta a todas las otras que yo tenía. Se llamaba señorita Berta y era muy buena conmigo y con todos. Adiviné que tenía un alma buena cuando se acercó a mí en la sala y me trató bondadosamente: me explicaba lo que no entendía solo a mí y me esperaba hasta que terminara la tarea. Un día de invierno, me vio con frío y días después llegó con un regalo para mí: un par de guantes. Ella no me dejaba volarme por la ventana y empezar a soñar, distraída en cualquier cosa. Se me acercaba y con mucha bondad me fue enseñando a leer, a escribir y a entender los libros. A veces, nos quedábamos después de clases leyendo un cuento que me había gustado mucho. Ella me enseñó el gusto por leer los cuentos de los libros y también a escribir. Escribí algunas canciones que a ella le gustaron mucho y me las aplaudía. La señorita Berta decía que yo era muy inteligente y me regalaba cuadernos nuevecitos y lápices, y también un estuche de carey, precioso.

Me gustaba leer cuentos y también versos. Ella me explicaba todo lo que no entendía; era como mi mamá, pero en el colegio. Por eso, sacaba de los primeros puestos en esa escuela, a pesar de que me arrancaba bien seguido de las clases.

La señorita Berta se daba cuenta de que a veces yo me arrancaba del colegio, pero no me decía nada. Sabía que lo necesitaba y me respetaba. Fue la mejor profesora que tuve en mi vida. Nunca podré dejar de soñar y me sigue gustando el aire libre y todo lo que crece y vive sobre la tierra, mucho más que lo que está adentro de las habitaciones encerradas. Lautaro tiene un campo muy precioso, todo lleno de montañas verde oscuro, árboles gigantes, arbustos de todas clases, ríos, esteros, caminos y caminitos.

La señorita Berta era muy amorosa y me enseñaba con toda paciencia. También me aguantaba que llenara mis cuadernos de dibujos de todo lo que veía: casas, puertas, árboles frutales con peras, guindas, ciruelas, mariposas; todo, todo lo pintaba en mis cuadernos y ella miraba mis dibujos y le encantaban. Gracias a ella saqué el primer puesto en el colegio. Comencé a recitar en las fiestas de la escuela y aprendí a bailar. Todas me aplaudían y yo me sentía muy bien. Me empezaron a invitar a los cumpleaños, donde me pedían que cantara. Yo cantaba y bailaba donde fuera, la gente me aplaudía y eso me gustaba, me sentía bien, segura. Cantar o bailar no me daba nada de vergüenza; había en cambio, niñas que de puro tímidas no se atrevían ni a hablar. Yo pintaba lo que quería en mis cuadernos y, si las niñas trataban de molestarme o de reírse de mí, las mandaba a la punta del cerro. Me hice una promesa: nadie me haría llorar nunca más. Me volví fuerte, inteligente, y aprendí a que no me importara tanto la opinión de los demás y a hacer las cosas por mí misma, a ser empeñosa y a tener las cosas claras. Gracias a la bondad de esa profesora, aprendí a ser libre y a sentirme contenta con el mundo.





LA PASCUALITA ES UN HADA

PASÓ EL TIEMPO EN LAUTARO y todos fuimos creciendo. Mi papá trabajaba todo el día haciendo clases y mi mamá lo ayudaba haciendo trabajos de costura para el dueño de la casa que arrendábamos y para otras personas. Como es tan buena costurera, siempre tenía un montón de trabajo y andaba apuradita haciendo las cosas de la casa y terminando los pedidos a tiempo.

Ya éramos once hermanos. Jugábamos con todos los niños y teníamos muchos amigos en el barrio. Los Parra andábamos siempre todos juntos. Armábamos funciones de circo y espectáculos de música y de poesía. Yo cantaba, bailaba y recitaba; hacíamos pruebas con perros de la calle, los amaestrábamos, representábamos obras de teatro y un montón de cosas más. Casi no pasábamos en la casa y a mi mamá le costaba reunirnos tranquilos a todos juntos.

En Lautaro, en ese tiempo, todas las cosas subían de precio. El dinero no le alcanzaba a la gente y tampoco a mi papá, aunque hacía clases todo el día. Él se preocupaba y mi mamá trataba de impedir que gastara mal su plata; aunque se querían mucho, a veces discutían. Ella se enojaba con él y luego hacían las paces.

Los vecinos reclamaban porque el pan estaba muy caro y la situación económica del país era muy mala. Entonces, los sueldos alcanzaban para muy poco.

Mi mamá comenzó a coser de firme. Tomaba todos los trabajos que podía y cosía día y noche. Por ese tiempo, los Parra vivíamos de los trabajos que hacía mi mamá en su máquina de coser, que no paraba. Así que yo empecé a ayudarla a coser. Ella me enseñó a hilvanar, a hacer bolillo, a tejer, a bordar. Creo que todo esto me servirá en algún momento para hacer mis cuadros y pintar mis canciones en arpilleras y bordados.



A pesar de que la situación era difícil, nos ayudaban algunas personas muy buenas. Una de ellas era la Pascualita, una cliente de mi mamá. Ella traía los géneros y le encargaba vestidos y no le importaba que, si sobraba algún pedazo, mi mamá nos hiciera ropa a nosotros con ese género. Al contrario, le gustaba que la tela se aprovechara bien. Aunque mi mamá se demoraba en entregarle los vestidos porque tenía mucho trabajo, ella siempre comprendía y esperaba con paciencia sus encargos. Adivinaba nuestra situación porque era bondadosa de alma y siempre llegaba con una sonrisa para todos. A veces, compraba género de más para que me hicieran ropa a mí. Una vez, mi mamá me cosió una preciosa blusa de seda con un pedazo que le sobró de la Pascualita y ese mismo domingo me la puse para ir a la plaza a pasear.

La Pascualita pedía que fuera yo la que le llevara los vestidos a la casa. Era su regalona y le gustaba cuando yo decía cosas divertidas, y cuando cantaba. Cada vez que iba a entregarle su ropa, me convidaba a pasar. Conversábamos de muchas cosas y me daba chocolate caliente. Cuando me iba, ella me llenaba la canasta de cosas ricas para comer y fruta que sacaba de su huerto. Me regalaba manzanas, chocolates, peras, dulces. Yo llegaba a la casa cargada como Viejo Pascuero y se armaba el banquete. Esos días comíamos muy rico y después todos estaban contentos y armábamos juegos en la mesa y competencias de versos. Casi siempre ganábamos el Tito y yo.

EL JARDÍN DE LA TOTITO

A PESAR DE LAS DIFICULTADES, nosotros, la patota de los Parra, lo pasamos muy bien en Lautaro.

Me acuerdo del día en que nos metimos a escondidas en el jardín privado de la patrona de mi mamá, la que nos arrendaba la casa. Ella se llama Totito y tenía un jardín que nadie podía ver, excepto ella. Era un jardín de hadas y yo me moría de ganas de entrar, pero estaba prohibido.

Un día, la Totito y mi mamá salieron juntas a hacer una diligencia y ¿se les quedó abierta la puerta del jardín!

¿Era nuestra oportunidad! Nos miramos todos durante un segundo y... ¿nos metimos, nomás, al jardín prohibido!

Entramos realmente en un mundo de ensueño. Todo estaba repleto de dalias gigantes de todos colores y elegantísimas, formando conjuntos ordenados en círculos. Había millones de árboles frutales, pastito verde, perfecto, y flores y más flores de todos los tipos. Nunca habíamos visto tanta flor junta y tan bonita. Yo me puse a pensar, entonces, que era una pena que ese jardín tan precioso existiera solo para que lo disfrutaran unas poquitas personas. Lo deberían poner en un cuadro, para que lo pudiera ver todo el mundo.

Entonces, me volví loca y también la patota. Corrimos todos desordenados, de arriba abajo, pisamos las flores, botamos todo, chacoteando, riéndonos a gritos de puros nervios, haciendo maldades. Yo me subí a los árboles, y como tres se subieron a la sigá mía. Botamos la fruta por puro gusto, remecimos a los otros árboles. Después me encaramé a otro árbol con la manguera dada y comencé a regar a todo el mundo. Quedó la gritería, me tiraban terrones de tierra, dos se cayeron sobre las amapolas, las aplastaron enteras, seguí tirando agua, nos embarramos todos, quedamos inmundos. Por último, me subí a un castaño,

lo sacudí y le boté todas las flores que darían castaños para el invierno. No sabíamos qué nos pasaba. Corríamos como locos y dejamos el espanto en el jardín de la Totito.

Estábamos felices en ese jardín. Y lo dejamos casi pelado: todas las flores pisoteadas, las frutas en el suelo, el barro tapando el pasto y la manguera abierta. No podíamos parar; era una especie de fiebre que nos entró. Gritábamos como chanco, todos juntos. Lo estábamos pasando demasiado bien.

En ese momento, mi mamá y la Totito entraron de vuelta. La Totito miró el jardín y... ¡se desmayó!

Nos costó cara esa tremenda maldad. Nos castigaron muy en serio. Quedamos sin poder salir a jugar durante muchos días. Pensé que esta historia podría servirme para armar una canción. Tal vez la llamaré la “La Jardinera”, en honor al inolvidable jardín de la Totito.



ME QUEDO CON EL VERANO

A TODOS NOS ENCANTABAN los veranos. Cuando ya se acercaba fin de año, comenzábamos a pensar qué haríamos. Los últimos días de clase eran desastrosos, porque todos estábamos distraídos.

Por fin llegaba el último día de colegio. Nos hacíamos capoteras, nos empujábamos, nos reíamos como locos: “Último día nadie se enoja”. Todos andábamos felices. Ese día, llegábamos corriendo del colegio, tirábamos disparados nuestros bolsones, nos sacábamos a tirones los delantales y salíamos corriendo para afuera.

Mi mamá salía a la puerta de calle y nos recomendaba que tuviéramos cuidado para atravesar, y que tomáramos de la mano a los más chicos. Pero la verdad es que nadie le hacía mucho caso. ¡Empezaban las vacaciones!

Lo primero eran los paseos al río. Todos se iban desabrochando mientras corrían para tirarse antes al agua, apenas llegábamos a la orilla.

Yo me quedaba un poco atrás. No me atrevía a decirle a nadie, pero le tenía un poco de miedo al agua. O sea, no al agua misma. Lo que me daba mucho miedo era que un *cuero*, una especie de monstruo del río, me arrastrara al fondo y me dejara ahí para siempre. Me imaginaba mi vida debajo del agua, en el fondo oscuro del río, en las noches, en esa soledad fría del agua, y temblaba. No sabría cómo arrancarme del cuero, no me podría mover. Uf. A veces, hasta tenía pesadillas con eso.

Pero igual, al final, cuando veía que todos estaban felices, chapoteando, me tiraba nomás y nadaba con todos. El agua al comienzo estaba muy fría y gritábamos mucho. Nos hacíamos “chinas” unos a otros. Chillábamos, y lo pasábamos muy bien.





A veces, nos tirábamos todos juntos a un estero y hacíamos pruebas de quién duraba más flotando, o hacíamos carreras de natación, jugábamos al pillarse en el agua, que es superdivertido porque uno no puede avanzar casi nada. Yo era experta en nadar de espaldas, nadie me la ganaba.

Después, rendidos, nos salíamos y nos quedábamos hasta que el sol nos secase. Nos poníamos la ropa e íbamos al bosque, a sacar moras o piñones, cuando era la época. Y también encontrábamos tesoros increíbles: una mariposa gigante, una piedra en forma de corazón o un bicho rarísimo, que no habíamos visto nunca antes.

Cuando el Tito llevaba su cortaplumas nos hacía varas talladas para todos, que eran muy lindas. Jugábamos a la guerra con espadas y después a las escondidas entre los árboles. No dejábamos que los chicos se escondieran. A veces, íbamos al bosque a recoger maqui, pero dejamos de comerlo cuando un verano nos enfermamos todos por su culpa. Esa vez nos dijeron que había maqui de postre y nos llevaron a un lugar en que había una especie de estanque grande, ¡lleno de maqui maduro! Mi mamá miró la fruta y nos dijo que comiéramos con cuidado, porque el maqui trancaba el estómago. Pero se veía exquisito. No le hicimos ni caso a mi mamá y ¡nos comimos el estanque entero! Nos echábamos puñados a la boca, a dos manos, o hundiendo toda la cara en la fruta. Después pagamos caro la desobediencia. Nos enfermamos de verdad, y quedó la gritería porque la guata nos dolía mucho. Mi papá tuvo que llamar de urgencia a un amigo de él, que era médico, y tuvieron que ponernos lavados y darnos purgantes ¡a todos! Fue una tarde horrible, todos gritando, por glotonos. Desde esa vez, todos miramos el maqui desde lejos nomás, y casi ninguno lo come.

Otros días del verano íbamos a los bosques, a sacar copihues rojos. Había que trepar bien alto, por los robles y coigües centenarios para poder encontrarlo, porque el copihue se

esconde de los ojos de la gente, y crece en lo más oscuro del bosque. Yo era buena para trepar y lograba sacar unos buenos ramos de copihues y se los llevábamos a mi mamá, que se alegraba, porque el copihue trae prosperidad. Pero a veces me daba pena sacarlos porque el Tito me había dicho que una enredadera del bosque se demora ¡diez años en dar copihues! Pero era tan bonito que yo no me podía resistir. Otras veces, íbamos a sacar moras y llegábamos con la boca negra de tanto comer. Mi mamá nos mandaba que le trajéramos poleo y había que meterse a los lugares más húmedos para encontrar el poleo bueno.

Otros días paseábamos por el pueblo, todos juntos, viendo en qué entretenernos. Como no teníamos colegio ni tareas, el día se nos hacía largo y andábamos pensando en qué diablura hacer. Inventamos un circo en la calle para los otros niños. Yo era la que recitaba. Como tengo buena memoria me sabía romances muy largos y leyendas en verso. Los decía enteros, sin equivocarme nunca; el Nene me acompañaba con unos tarros de batería y el Roberto con la guitarra; el Nicanor era el dueño del circo y la Hilda hacía de toni. Todos nos aplaudían y lo pasábamos demasiado bien. Venían niños y algunas personas grandes, que se quedaban mirándonos y se reían mucho.

Siempre me acuerdo de los veranos, porque eran mágicos. En esa época todos andábamos juntos, jugábamos todo el día, nos entreteníamos con cualquier cosa y lo pasábamos muy bien. Como siempre, se hacían cortos, y un día cualquiera ya teníamos que volver al colegio de nuevo.

EN EL AÑO VEINTISIETE

UN DÍA DE ESE AÑO, mi papá llegó a la casa muy preocupado. No quiso comer y se encerró en su pieza. Yo no sabía qué pasaba y atosigué a mi mamá a preguntas. Al final, me explicaron. Resulta que había salido Ibáñez de presidente de Chile.

Por esos días, mi papá y muchos otros profesores quedaron sin trabajo. El colegio los echó porque no había plata para pagar sus sueldos.

Luego empezaron las multas y los castigos por cualquier cosa: había multa por dejar basura, multa por salir, multa por reclamar, multa por todo. Tomaron presas a un montón de personas y la gente empezó a tener miedo y a quedarse callada. Ya nadie decía lo que pensaba, porque podía ir preso.

Nosotros les teníamos terror a los soldados y no nos atrevíamos a caminar por la misma vereda que ellos. Yo me arrancaba cuando veía a uno pasar por la calle.

Mi papá lo empezó a pasar muy mal. Se quedaba sentado días enteros, sin hacer nada. Se había cansado de buscar trabajo y de llevar sus papeles a todos lados. Sentado a la mesa, miraba por horas el sobre azul, que era la carta en que le decían que estaba despedido. A mí me daba mucha pena. Me acercaba, y él entonces me hacía cariño en la cabeza, contemplándome muy triste mientras decía: “Mi palomilla”.

Cuando mi mamá vio tan triste a mi papá, se levantó de su máquina de coser, fue a buscar una caja de cuero con un candado y la abrió. ¡Había dinero! ¡Una buena cantidad de dinero en billetes, monedas y moneditas! ¡Eran todos sus ahorros, que había guardado, peso a peso, de todas sus costuras y encargos! Era un montón de plata. Y entonces, mi mamá decidió lo más razonable, como siempre lo hacía: volveríamos a Chillán.



En Chillán, por lo menos, estaríamos cerca de mis abuelos, que nos podrían ayudar. Mi papá le encontró la razón y comenzamos a preparar el viaje. Mi mamá nos hizo trajes de viajar y, de nuevo, nos fuimos todos a la estación.

Cuando llegamos, nos dieron para vivir una casa muy chica, en la que apenas cabíamos. Pero era mejor vivir cerca de nuestros abuelos.

Mi papá estaba desconsolado por haber perdido su trabajo. Se paseaba de un lado a otro de esa casa chiquitita, sin encontrar un trabajo.

Esos años fueron duros, pero de todas maneras lo pasamos bien porque estábamos todos juntos.

Mi mamá se encargaba de todo. Trabajaba día y noche como costurera haciendo trajes nuevos, arreglando trajes viejos, cualquier cosa. Como siempre, recibía muchos pedidos y se afanaba para tenerlos todos a tiempo.

En ese tiempo ya no éramos tan chicos y ya no alborotábamos tanto. A veces, mi papá y mi mamá estaban muy callados a la hora de almuerzo y ya no decían tantos chistes ni se reían como antes.

Pero yo, igual, tomaba la guitarra y cantaba pa' callao. Componía canciones y cantar siguió siendo lo que más me gustaba en la vida. Mis canciones se tratan de la vida misma, porque es tan variada como un paisaje, lleno de distintos escenarios. A pesar de que hay cosas algo difíciles, la vida es maravillosa, inmensa, y siempre creo que hay que darle las gracias.

MI HERMANO MENOR, POLITO

EN ESE TIEMPO, lo más terrible de todo fue lo de Polito, mi hermano menor. Se enfermó de neumonía y comenzó a respirar cada vez menos. A pesar de todos los remedios que le hacían, se ponía peor.

Mi mamá lo cuidaba día y noche. Nadie gritaba en la casa, todos hablábamos en susurros y andábamos en puntillas para no despertarlo y dejar que descansara. Mi mamá compraba yerbas medicinales y le daba todas las agüitas que podía. Pero Polito se iba enfermando más y más, porque le había dado pulmonía triple. Cada vez se ponía más flaquito hasta que al fin, una noche, murió.

Mi mamá lo tomó en brazos y pasó durante tres días y tres noches con él, meciéndolo y paseándose por la casa. Yo me acercaba a ella para consolarla, pero ella no me veía. Solo miraba a su hijito, que parecía dormido y estaba muy lindo. Su hijito se había volado al cielo, como un pajarito, y el tatita Dios lo salió a recibir. Así me lo imaginaba yo, muy, muy fuerte.

Nadie habló en la casa en esos días tan tristes. Todos echábamos de menos al Polito. Poco a poco, a medida que pasaron los días, mi mamá, que es muy valiente, volvió a encargarse de las cosas de la casa y comenzó a hacer costuras de nuevo.

MI FUNDO EN PERQUILAUQUÉN

MI PAPÁ, ADEMÁS DE ESTAR sin trabajo, se quedó sin esperanzas y se enfermó. Comenzó a salir y a llegar muy tarde y se llenó de amigos que no le gustaban a mi mamá.

Mi abuelo lo aconsejaba, le decía que se quedara en casa, tranquilo y que nos cuidara a nosotros, y que tratara de preguntar en las escuelas, a ver si surgía algún trabajo de profesor. Pero él salía todo el día, como perdido. Estaba dominado por la tristeza.

Un día fue a ver a mi abuelo, como medio enojado, y le pidió que le diera su herencia. Mi abuelo, que era muy bueno, se la dio para él y para nosotros. Mandó llamar un notario y mi papá, una mañana, recibió su herencia.

Así, nos vimos dueños de muchas tierras, cerca de Chillán. Nos tocó una propiedad inmensa y muy hermosa: había viñas, esteros, caballos, vacas, de todo. Yo recibí en Perquilauquén una tercera parte de un fundo muy grande, que daba muchos porotos y lentejas, que a mí me encantan. Había romeros, litres, maitenes. Cuando lo veía, me parecía un paraíso. Había bosques llenos de pajaritos y un cielo de mil colores.

Todos nos pusimos muy contentos, pero nos duró poco: mi papá, que no sabía muy bien lo que hacía, creyendo hacer un buen negocio, vendió el inmenso fundo en muy poquita plata. Los compradores se aprovecharon de él y llegó y firmó la escritura de compra. El fundo de Perquilauquén se nos fue volando.

Esta situación difícil me enseñó mucho. Me hizo madurar y supe que, cuando creciera cumpliría mi sueño, que es hacer canciones y mostrar la vida. También aprendí que a las personas buenas hay que buscarlas con mucho cuidado y que hay que saber elegir a los amigos. Además, aprendí que en esta vida hay que pelear firme por lo que uno cree que vale la pena.





PERSONAS BUENAS, DE VERAS

NUESTRA CASA SE NOS HIZO CHICA y la plata alcanzaba justito.

En esa época, lo que más me gusta recordar, son las personas buenas que conocimos. Una de ellas fue la familia Bobadilla. Todos los Bobadilla eran muy amables. El padre, don Andrés Bobadilla, era el mejor de todos. Nos mandaba ayuda cuando estábamos más complicados, o cuando no sabíamos qué hacer. Ellos fueron muy importantes para nosotros: personas de infinita bondad. No siempre uno conoce una familia así, en que todos sean muy, muy buenos.

Tenían una cocina, un restaurante y una tremenda carnicería. Siempre nos mandaban paquetes de carne o guisos del restaurante. ¡A mí me encantaba cuando nos enviaban sabrosos perniles y pan con chicharrones!

No olvidaré a los Bobadilla ni ninguno de mis hermanos lo hará. Claro que junto a esas buenas personas hubo otras que no lo fueron tanto.

Cuando salía con mis hermanos, había un grupo de chicos que siempre nos atacaba y después se arrancaba. Eran unos matones, hijos de una vecina, que nos metían mucho miedo a todos. Siempre cuando íbamos más contentos, a jugar o a cualquier cosa, por ejemplo a hacerle un mandado a mi mamá, se metían ellos en el medio y empezaban a perseguirnos, gritando.

Igual, aunque pasábamos un mal rato, a mi mamá no le decíamos nada, porque no queríamos que se preocupara. Además, no les hacíamos mucho caso tampoco. Todos estábamos dedicados a ayudar a mi papá y a mi mamá en la casa y a tratar de vivir de la mejor manera posible, entre todos. Fuimos valientes, nos apoyamos y nos dimos ánimo unos a otros. En todas partes nos conocían y les caíamos bien a mucha gente.

SE NOS OCURREN MIL COSAS

ERAN TIEMPOS EN LOS QUE HABÍA que ingeniárselas como uno pudiera para tener plata. Mi mamá se sentaba en su máquina de coser en la mañanita y de ahí no paraba hasta que era muy tarde en la noche.

Nosotros salíamos, paseábamos por las calles pensando, estrujándonos el cerebro para ver cómo podíamos ayudar a nuestros papás.

Un día, para entretenernos, seguimos el entierro de un señor muy rico, como si fuéramos parientes de él. Igual me daba un poco de pena ver llorar a las señoras y darme cuenta de que el muerto se quedaría ahí, solito y con frío, por los siglos de los siglos. Pero como no lo conocía, no importaba tanto.

Fue entretenido. Yo me quedé contemplando las cosas lindas que tenían los ricos: unas coronas de flores preciosas, vestidos elegantes, los adornos de las tumbas, las incrustaciones, las medallas, las cadenas de bronce, muy preciosas, como de plata y oro, todo eso. La gente iba muy elegante a los funerales. Nosotros poníamos cara triste y seguíamos a la carroza. Por mientras, aprovechábamos de mirar todo.

Yo, que soy curiosa, estaba feliz y me entretenía mucho. La gente lloraba y sacaba pañuelos muy finos. Había señoras con sombreros negros, que tenían un velo en la cara, que las hacía verse muy misteriosas; me encantaba ese velo. Un día me fijé en un señor elegante. Cuando sonrió, le miré la boca y vi que tenía un diente de oro! Era increíble. Quedé asombradísima. ¡Nunca había visto a alguien tan rico como para tener hasta los dientes de oro!

Nos acostumbramos a ir a ver a los entierros. Era realmente entretenido mirar los vestidos, los gestos y las cosas que llevaban. Un día, justo en el cementerio, en medio de un funeral,



se me ocurrió una idea increíble. Se la dije a mis hermanos y ellos quedaron mirándome.

—No es mala idea —dijeron después de un rato, pensativos.

La idea era muy sencilla: aprovechar las cosas del entierro que, después del funeral, quedaban botadas en el cementerio, y nadie se acordaba de ellas. ¡Nosotros podíamos tomarlas y transformarlas en algo lindo, que sirviera para vender!

Y así lo hicimos. Cuando los parientes del muerto se iban, llegábamos y sacábamos las coronas. Después elegíamos las flores más bonitas: había algunas preciosas y muy fragantes: rosas, lirios, azucenas, dalias, crisantemos, de todo. Hacíamos ramitos más chicos y los vendíamos en la calle. La primera vez que lo hicimos, después de veinte minutos, ¡los habíamos vendido todos! ¡Fue una gran idea!

Nos dimos cuenta de que podíamos hacer varias cosas con las cosas lindas que quedaban botadas en el cementerio.

Además de ramitos de flores con las coronas, hacíamos cajitas forradas con el raso de las cintas. Un día me encontré una cinta de raso violeta con letras de oro que decía “Simona”. Era tan linda, que me la dejé para mí y no la recorté. La guardé mucho tiempo como mi tesoro.

Otro día se nos ocurrió seguir una procesión de la Cruz de Mayo, para ver si podíamos sacar algo bonito de ahí. Pero esa procesión no tenía nada que ver con un funeral. Era una fiesta preciosa. Había unas flores increíbles: unas rojas como corales, que parecían de fuego, eran las que más me gustaban. Además se prendió fuego de verdad, con antorchas que llameaban en el aire. Eran miles de personas. Yo nunca había visto fuegos artificiales y me asusté mucho cuando comenzaron unos

estallidos y a saltar unas luces en medio de la noche. Después me explicaron lo que eran, pero el corazón se me subió a la garganta de susto y casi me arranco corriendo. Mis hermanos se reían de mí.

Después de la procesión, tratamos de recoger lo que había sobrado, pero no hubo caso. Cientos de personas habían pasado por encima y todas las flores y las antorchas estaban pisoteadas y rotas. No servían para nada.

Pero igual, pensé que había visto algo muy lindo y que algún día lo cantarían y lo mostrarían en mis cuadros bordados.

LA CASA MÁS CHIQUITITA

POR ESOS DÍAS, mi papá se gastó la plata que nos quedaba de lo que le habían dado por el fundo de Perquilauquén en un negocio que le salió mal. Volvió unos días después, muy callado y triste.

Un domingo, estábamos todos en la casa tomando té, cuando de repente entraron unos hombres con un papel y nos dijeron que nos teníamos que ir en seguida de ahí. ¡Y comenzaron a sacar nuestras cosas de la casa y a ponerlas en la calle! Todos mirábamos espantados a esos hombres con cara de enojados. Dijeron que eso se llamaba embargo. Seguramente mi papá tenía alguna deuda que no había podido pagar y ahora la cobran con nuestra casa. ¡La casa en la que vivíamos todos!

Mis hermanos estaban muy nerviosos, tratando de empacar las cosas a toda carrera, y a Nicanor se le rompió una Virgencita en el trajín. Él se puso muy nervioso cuando vio que a la Virgen se le había roto la carita. Yo me acerqué y lo consolé.

Nadie podía decir nada. Finalmente, los hombres terminaron de sacar a la calle todas nuestras cosas, cerraron con llave la casa y se fueron.

Quedamos mirándonos, sin saber qué hacer. Empezó a caer la noche y algunas buenas personas se acercaron para ayudarnos. Entonces, alguien revisó los papeles legales que había firmado mi papá cuando vendió nuestra casa. En medio de todo lo malo, había algo bueno: al fondo del terreno de nuestra propiedad había una casita muy, muy pequeña, como la cabaña de un cuidador, o algo así. Esa se podía habitar, porque mi papá había vendido solo la casa, no todo el terreno.

Fue una buena suerte. Era la casa más chiquitita del mundo, pero era nuestra. Nos instalamos como pudimos. Don Andrés Bobadilla llegó para darnos ánimo. Venía con una carretilla y él mismo nos ayudó a acarrear nuestros muebles.

Ahora sí que estábamos apretados de espacio. Nos miramos un poco tristes e incómodos. Volvimos a entrar nuestros muebles y cosas adentro de esa casita, que parecía de muñecas. Las camas quedaron todas juntas y apenas se podía caminar por adentro.

Entonces, en ese momento, a mí me dio risa. ¡Parecíamos unos payasos caminando por encima de las camas para llegar al comedor! ¡De repente, todos estábamos riéndonos, hasta mi mamá!

Comenzamos a vivir ahí y todavía no sé cómo nos arreglábamos para caminar por esa casa. Nos topábamos unos con otros, como en una micro.

Por esos días, mi papá cayó a la cama. Estaba muy pálido y tosía todo el tiempo. Entonces, yo me di cuenta de que tenía que madurar y ponerme a ayudar en serio en la casa.





LA MEJOR MAMÁ DEL MUNDO

MI PAPÁ ESTABA ENFERMO y había que cuidarlo. Mi mamá trabajaba mucho, mucho en su vieja máquina Singer. Casi no dormía. Se amanecía cosiendo, hilvanando, cortando los géneros. Era un tremendo trabajo, pero ella lo hacía rápido y como si no le costara tanto esfuerzo. Siempre estaba de buen ánimo. Hacía cualquier prenda que le pidieran. Y tenía pedidos de todas clases: una vez le encargaron un traje para la mañana y otro para la noche, de fiesta. Otra vez le encargaron un biombo de género, que servía perfecto para jugar a las escondidas. Era precioso. A veces, de los negocios de por ahí cerca le llegaban encargos de coser las cotonas y delantales para los empleados de las tiendas. Ella los hacía firmes y buenos. Y además, muy rápido. También cosió montones de sábanas bordadas para recién casadas.

Ella cosía y cosía. Casi no se acostaba. Yo, en el día, la ayudaba en lo que podía y me empecé a quedar en las noches con ella. Le sostenía la vela para que pudiera ver mejor las costuras. No hallaba qué hacer para ayudarla más. Hilvanaba géneros, hacía dobladillos, bordaba con punto atrás. Cosía con ella cuando estaba más apurada y ya la gente estaba esperando ahí, en la casa, que les terminara las cosas. Venía mucha gente a su taller, porque mi mamá no cobraba mucho. Pero el problema estaba en que la gente era muy apurete. Todos querían sus encargos para alto. Ella se afanaba por cumplir, pero con un gran esfuerzo. Y se cansaba en las noches, cuando trabajábamos juntas. Además, tenía que atender a mi papá, que seguía enfermo, en cama, muy pálido, sin ánimo. Siempre estaba cansado y dormía mucho.

Por esos días le llegaron encargos de costura para unos militares. Un cabo le encargó una chaqueta de parada, muy elegante. Esa la cosió mi mamá con mucho cuidado, porque era muy difícil. Quedó muy bien y el militar hizo el juramento a la bandera con la chaqueta cosida por mi mamá.

Después llegó el dueño de un circo y le encargó coser unos pantalones de payaso y unas fundas para unos caballetes de salto de los equilibristas. Puso todo en una lista y nos dijo:

—Lo quiero para el viernes.

Y se fue. Ahí nos quedamos durante la noche trabajando para poder tenerle todo listo. Días después llegaron unas señoras y le encargaron tres juegos de cortinas. También nos pasamos la noche trabajando las dos.

Después mi mamá cosió montones de calzones, varias mortajas para un entierro, hizo vestidos de primera comunión, muy preciosos, un estandarte para una procesión y cuatro gorras de militar. No sé cómo no se volvía loca con tanto trabajo. Yo me quedaba ayudándola, pero me moría de sueño. Una noche, nos quedamos hasta muy tarde, ella y yo. Yo le sostenía la luz. Me quedé dormida y me caí encima de la vela. Me quemé un tremendo mechón de pelo y me lo tuve que cortar. Salió un olor asqueroso a pelo quemado, que se quedó en la casa por varios días.

Entonces mi mamá me mandó a dormir y ya no quiso que me quedara en las noches con ella.

Por esa época me dio una pulmonía muy fuerte. El clima estaba muy frío en el sur. A mi mamá le dio miedo porque se acordaba de lo de Polito y me cuidó muchísimo. Pasaba las noches sentada junto a mi cama hasta que bajó la tremenda fiebre y me sané completamente. Volví a tomar la guitarra y le cantaba mientras ella trabajaba, para que se alegrara. Ella sonreía y, a veces, también cantaba conmigo.

Creo que tengo la mejor mamá del mundo, pienso.



CON LOS GITANOS

CON MIS HERMANOS nos avivamos y comenzamos a vender cosas. Vendíamos todo lo que pillábamos: cachureos de máquinas, cosas que no le servían a nadie o que nos regalaban. Las limpiábamos, les dábamos brillo y las vendíamos muy bien: ruedas, fierros, herramientas, etcétera. Yo hacía humitas para vender. Seguimos comerciando flores de los cementerios.

Un día, una gitana muy bonita vino a buscar un traje que le había cosido mi mamá. Yo la miré por la ventana. Era realmente linda. Mi mamá le entregó un traje precioso, que había terminado recién, lleno de vuelos y de encajes rojos. El vestido le quedaba perfecto. Ella se lo puso y bailó delante de nosotros, lo que iba a bailar esa misma noche, en su campamento. Yo me quedé con la boca abierta. Nunca había visto a nadie tan bello ni moverse con tanta gracia. Cuando se fue, la acompañé a la puerta, sin dejar de mirarla. Ella me hizo cariño en la cara y me sonrió.

—Ven a verme algún día —dijo y se fue.

Me cayó muy bien. Era simpática y joven. Averigüé dónde estaba su campamento y un día me fui nomás a ver a los gitanos. Ella me recibió muy amable y me presentó a su familia. Me cayeron bien los gitanos. Todos me saludaron, me convidaron un plato, comían de una olla en la que se cocía un guiso de ave muy sabroso y me preguntaron cosas. Como se enteraron de que me gustaba tocar guitarra, me pidieron que tocara, así que les mostré las canciones que había inventado y les gustaron mucho. Les caí bien y me dejaron convidada para cuando quisiera.

Después comencé a ir todos los días, pero mi mamá no sabía nada. Yo hacía como que salía a cualquier parte y me iba al campamento. Me enseñaron a ver la suerte en las líneas de la mano. Me aprendí al dedillo todos los chamullos y los gestos de sacarle la suerte a la gente para que le creyeran a uno. Ensayé con ellos y me aplaudieron mucho.



Iba cada vez más seguido. Los gitanos me recibían muy cariñosos y decían que yo era gitana de alma. Un día me bautizaron con sus propios ritos, que eran especiales y hermosos, y me pusieron de nombre Enriqueta. Desde entonces, siento que ese es mi segundo nombre.

Ese año, para mi cumpleaños, me regalaron —no podía creerlo— ¡una bicicleta! Estaba demasiado feliz. Guardé la bicicleta en otra casa, porque sabía que a mi mamá eso no le iba a gustar, y andaba como un rayo en ella por las calles de Chillán. Mis hermanos se turnaban para usarla para dar vueltas a la manzana. Todos aprendieron a andar en bicicleta en la bici de los gitanos.

Hasta que un día en que mi mamá estaba cosiendo, llegó la gitana linda, la bailarina, con un gitano flaco y feo, que tenía cara de pescado. Los dos pidieron hablar con mi mamá y ella los hizo entrar. Yo los observaba por la bisagra de la puerta. La gitana miró a mi mamá y le dijo que le traían una buena noticia, algo que le iba a convenir mucho. Mi mamá los contemplaba sin entender lo que querían. Pensaba que habían venido a encargarle una costura. Fue a buscar su huincha de medir y se quedó esperando que le dijeran qué querían. Entonces, el gitano sacó un fajo grueso de billetes y los dejó sobre la mesa. Mi mamá los miró, muy sorprendida. Ahí debía haber, por lo menos, la plata que ella ganaba en tres años, o tal vez más. Se puso muy nerviosa.

—¿Qué quieren que les cosa? —les preguntó.

—No, no coser —dijo el gitano—. Queremos comprar a Enriqueta. Es una niña muy inteligente y ya sabe sacar la suerte como una gitana. Además, es artista y canta muy bien. Hará grandes cosas para nosotros.

Mi mamá creyó que los dos gitanos estaban locos. Les dijo que ella no conocía a ninguna Enriqueta. Entonces la gitana me vio por la puerta. Fue a buscarme y me trajo de la mano hasta donde estaba mi mamá.

—Ella —dijo sonriendo—. A esta hermosa niña la queremos llevar con nosotros.

Bajé la cabeza. No podía mirar a mi mamá. A ella se le cayeron las tijeras de las manos.

—¿Qué se creen! —gritó, furiosa—. ¿Que mi hija está a la venta? ¿Se volvieron locos? ¡Ella siempre estará conmigo! ¿Creen que me sobran los hijos para andarlos vendiendo? ¡Fuera de aquí!

Agarró una escoba y los sacó, a escobazo limpio. Los gitanos se fueron, mirándola extrañadísimos. ¡Habían ofrecido un montón de plata por mí y no entendían cómo alguien la podía rechazar! Ahí terminó mi historia con los gitanos. Si me hubieran robado, tal vez ahora estaría con ellos.

Nunca más volvimos a hablar de eso con mi mamá.

Pero los gitanos sí dejaron una huella en mí: me encantaba lo libres que vivían y su falta de ataduras y obligaciones. Creo que así se sentían siempre y a mí, eso me fascinaba. También me sentí muy atraída por su música y lo bien que cantaban y bailaban. Aprendí los pasos de algunos bailes de ellos, medio españoles, y de tanto ver sus bailes y cantos, se me ocurrió que los Parra podríamos hacer algo así también en las calles y cobrar por eso. Habría que organizarlo bien, pensé. Si lo armábamos perfecto, yo sabía que llegaría gente que pagaría por vernos actuar. Así, pensé, podríamos ayudar en nuestra casa.

A PARRAL VAMOS UN DÍA

LES CONTÉ MI PLAN a mis hermanos y todos estuvieron de acuerdo. Entonces nos organizamos y, un día, en secreto y a escondidas, salimos a cantar a la calle nomás.

Yo armé unos argumentos para una especie de cuadro musical, con harto canto y un poco de baile, con algunos pasos que había aprendido con los gitanos. Ensayamos un poco y nos largamos nomás un día cualquiera, en Parral, un poquito alejado de Chillán, para que mi mamá no se enterara.

Primero le fuimos a cantar a un pariente que tenía buena situación. Pero él se portó soberbio, porque se creía importante. No salió a saludarnos, ni siquiera nos hizo pasar y nos mandó limosna con una empleada.

Entonces yo me piqué, porque era bien picada y muchas cosas me daban rabia. No dejé que mis hermanos tomaran el dinero y fui hasta la reja con la plata que nos había mandado.

—¡Eso sí que no se lo aguanto! —le grité, porque lo vi mirando desde detrás de los visillos—. ¡No necesitamos plata de los parientes ricachones que se creen unos reyes y valen menos que nadie! ¡Tome, para que se vuelva más rico!

Y le tiré las monedas de nuevo, para su patio. La otra gente que estaba mirándonos, nos aplaudió.

Después seguimos cantando en las calles. No nos daban dinero, sino cosas de comer y frutas. Nosotros aceptábamos todo y lo poníamos en una canasta grande. Pasamos el día cantando y volvimos muy tarde a Chillán. Mi mamá nos estaba esperando, muy preocupada. Nosotros, felices, le mostramos lo que nos había dado la gente y le contamos que habíamos cantado en la calle. Entonces, mi mamá nos abrazó y se puso a llorar. Lloró mucho, durante mucho rato, inconsolablemente. Después, me dio a mí un

gran sermón, muy, muy serio. Me dijo que no se lo iba a decir a mi papá, porque estaba muy enfermo. Luego me miró, me abrazó y me dijo que no lo hiciera más, nunca más.

Después de eso, ya no salimos más a las calles. Pero siempre he pensado que a la gente le gustó mucho lo que cantábamos. Pienso que me gustaría cantar esas mismas canciones delante de mucha gente, tal vez acá en Chile o en otros países, cantar verdaderas canciones chilenas, para mostrárselas al mundo.





DEJEMOS LO TRISTE A UN LADO

COMO MI PAPÁ ESTABA ENFERMO y mi mamá ya no podía mantenernos a todos, yo fui a pasar un tiempo a casa de unos parientes, en el campo de Malloa, cerca de Chillán. Era la familia de don Domingo Aguilera y sus hijas, que eran una especie de primas mías. Me hice muy amiga de ellas y allá pasé una época, cortita pero hermosa. Eran cinco hermanas y todas eran trabajadoras, simpáticas y alegres. Todas me caían muy bien. La mayor se llamaba Natividad. La menor era una niña muy pálida que se llamaba Trinidad y que era amable conmigo. Lucrecia, Ema y Celina eran las hermanas del medio. Lucrecia era como una princesa de un palacio real: linda y señorial. Era la que mejor cantaba. Cuando entonaba una canción, todo el campo se quedaba en silencio para escucharla. En cambio, la Ema y la Celina eran más palomillas y vivían inventando y haciendo bromas.

Todas las Aguilera eran buenas para armar fiestas. Por cualquier cosa organizaban un festejo. Como las cinco cantaban, al tiro quedaba armada la orquesta. Tomaban la guitarra y todo se volvía ronda, tonada, periconas, cuecas, resbalosa, y bailaban todos los bailes, porque se los sabían completos; yo no sé cómo se acordaban de los pasos.

Ellas y su papá, el tío Domingo, sí que me enseñaron música y a tocar la guitarra campesina de verdad, que se toca distinto de las otras guitarras. A esas niñas Aguilera las tengo en el corazón para siempre: ellas me enseñaron la verdadera forma de mi canto, el canto chileno. La Lucrecia Aguilera me enseñó las notas y me mostró cómo se hacía una canción, las partes que tenía, y esa fue la base de todo mi canto de después.

Por supuesto, en Malloa, no todo fue tocar la guitarra, cantar y hacer fiestas. Cuando había un rato libre, conversábamos, entonábamos canciones o jugábamos a saltar la cuerda y todo eso. Pero yo no iba de vacaciones; iba a trabajar con los Aguilera





y aprendí a hacer bien los verdaderos trabajos del campo. No fue muy fácil al comienzo, porque terminaba muy cansada y a veces me equivocaba. Pero, igualmente me gustó porque supe todo lo que la gente del campo trabaja y el esfuerzo que hacía para vivir. Ahí entendí que los campesinos, como nosotros, les dábamos de comer a los de la ciudad con nuestro trabajo. Me sentí importante y muy orgullosa de ser de Chillán.

Los primeros días yo andaba triste, porque mi papá estaba tan enfermo, pero después, cuando llegué, me di cuenta de que había tanto que hacer todo el día que no tendría tiempo de tener pena.

Trabajé mucho y aprendí cientos de cosas útiles que me sirvieron después. Aprendí cómo se hace la trilla a yegua suelta, donde los jinetes, que son expertos, van montados en caballos y yeguas que pisotean las gavillas para separar la paja del grano. Todos ayudan y después se hace una gran celebración, con cantos, bailes, rodeos, cuecas y todo.

También me enseñaron a hacer mantequilla, batiéndola rápido hasta que el brazo me hervía de puro cansado. Vi bailar cueca en la era, en medio de las gavillas, donde es difícil bailar, porque los pies se resbalan y es divertido cuando uno se cae.

Aprendí a arar y a segar con hoz. Esto último me encantó. La hoz es increíblemente afilada y corta un montón de ramas de un solo golpe. También supe lo que era sembrar, limpiar, desmalezar, que era lo más cansador de todo y terminaba muy cansada de tanto estar agachada. Aprendí cuándo un animal estaba en celo y vi parir vacas y yeguas.

No todo eran trabajos pesados. Nos sentábamos, al caer la tarde, y la Ema y la Celina contaban cosas que habían pasado en el campo, a veces relataban historias de aparecidos y leyendas. Por mientras, me enseñaban a tejer meñaque a bolillo, que es una

especie de crochet que parece una vaina de arveja, filudo por los dos lados. También aprendí a tejer en rueca, que es una de las cosas que más me gusta.

Aprendí cosas muy útiles para la salud. Distinguir las plantas buenas de la cizaña, cuántas clases de araña se comían la planta de la manzanilla. Aprendí también a dorar trigo para hacer mote en un plato hondo de barro, caliente, que se llama la callana. También aprendí a descuerar ranas a cuchillo limpio. Antes me hubiera dado no sé qué, y ahora lo hago, lo más fresca, y no me pasa nada.

¡Chitas que aprendí tantas cosas! Me acostaba tan cansada en las noches, que me dormía apenas ponía la cabeza en la almohada y no tenía tiempo para pensamientos tristes. Además, encontraba rico todo lo que comíamos porque trabajar da hambre.

Con los Aguilera me tocaron muchas celebraciones chilenas tradicionales: el día de San Francisco, en el trugal, con la cruz, para pedirle que cuide el sembrado y se echa vino de misa en el suelo para que la tierra dé una buena cosecha. También me tocó el correteo del santo en la víspera de San Juan, que es una verdadera carrera de caballos, en medio de la noche, iluminada por las hogueras. La primera vez que la vi, me quedé muda de asombro. Era una ceremonia impresionante, parecía un sueño. Ese tiempo que pasé con los Aguilera fue una de las épocas más felices de mi vida. Trabajábamos todo el día, cantábamos, nos hacíamos bromas, bailábamos, amasábamos pan, tocábamos guitarra. Sentía fuerte la vida corriendo por mi cuerpo. A veces me acordaba de mi papá y rezaba para que se mejorara.

SE MUERE MI PAPACITO

UN DÍA LLEGÓ UNA NOTICIA donde los Aguilera. Debía partir en seguida, pues mi papá estaba muy grave. Me prepararon la maleta y me la llenaron de regalitos. Me dieron un termo lleno de leche recién sacada para que él se la tomara. Y también me dieron una bolsita con monedas, que eran las que había ganado recogiendo la semilla para sembrar en enero. Iba contenta, porque llevaba regalitos y plata para mi casa. Sabía que había crecido y aprendido muchas cosas útiles.

Me sentía bien, con las marcas de los trabajos de campo. Tenía rasguños en los brazos y los pies hechos tira por caminar a pata pelada sobre el barbecho para recoger la mies, que es la única manera de hacerlo.

Pero iba feliz, porque volvería a ver a mi papá. Lo cuidaría mucho y se sanaría, pensaba. Pero cuando llegué, lo encontré demasiado mal. La enfermedad estaba demasiado avanzada y unos días después, murió.

Cuando lo tendieron en la cama traté de entrar para darle un beso de despedida, pero no me dejaron. Me dijeron que había muerto de una enfermedad muy contagiosa y que si me acercaba sería peligroso. Eso me dio mucha pena. Vino mucha gente a su funeral. Lo que más me gustó fue ver a las niñas de la escuela de Lautaro, donde él había hecho clases. Todas fueron y hablaron muy bien de él. Lo enterraron en Chillán, al lado de mis abuelos.

Después de la muerte de mi papá me puse a pensar mucho en la muerte. No me la podía quitar de la cabeza. No me daba miedo, sino curiosidad. Me la imaginaba con la forma de un animal que metía mucho ruido, y que, cuando uno se acercaba a él, sentía un hielo que daba espanto. Nadie podía luchar contra este animal: ni el más valiente, ni el más sabio, ni el más hermoso. Pero, a pesar de todo, sentí que la muerte estaba cerca de la vida, de la verdad de la vida. Me llamaba mucho la

atención, me había fijado en que todos los muertos que yo había visto tenían una paz preciosa en la cara, una cara descansada, feliz y como sonriente.

Sí, la muerte tiene que ser algo muy grande, pienso.



EL ANGELITO VICENTE

DESPUÉS DE LA MUERTE de mi papá, me fui a vivir un tiempo con mi tío Acario. Yo ya tenía como trece años y él me llamó para que lo ayudara a cuidar a su hijito, que se llamaba Vicente y era una guagüita que había nacido enferma.

Mi tío Acario era bueno y trabajador, pero su señora era antipática. Se llamaba Peta y era una solterona que se había casado con mi tío con engaño. Aprovechándose de que mi tío había tomado mucho vino un día, lo hizo firmar una promesa de casamiento. Cuando despertó, mi pobre tío se vio casado con la Peta y condenado a vivir para siempre con ella.

Yo era la encargada de cuidar a Vicente y de lavarle su ropita en el río. Después aprovechaba para bañarme, a escondidas, porque era un río mansito, de aguas muy limpias y claras. Hacía mucho calor y me encantaba sentir el fresco del remanso, donde no venía nadie.

Un día, cuando volvía con la ropa de Vicente del río para tenderla en la casa, vi un grupo de gente en la puerta, comentando.

Vicente se había muerto. Vi a las vecinas comentando. Decían que era mejor que Dios se lo hubiera llevado porque era guagüita y estaba sufriendo mucho. Ahí me dio un poco de pena la Peta, que estaba preparando a su hijito muerto para el velorio.

Y entonces estuve en una de las ceremonias más importantes de mi vida: el velorio de un angelito. Cuando vi esa ceremonia, supe, con una seguridad absoluta, que algún día yo escribiría una canción para el velorio de un angelito. Es la ceremonia más linda que he visto nunca.

Acario y la Peta le hicieron un gran velorio al angelito Vicente. Yo puse tanta atención que hasta hoy me acuerdo paso a paso de cada una de las partes de ese ritual.



Aprendí que había cuatro etapas en este precioso ritual: los “padecimientos”, el “saludo”, la “sabiduría” y la “despedida”. Nunca se me olvidarían. Cada una de las partes estaba llena de significado y consolaba mucho.

El velorio del angelito Vicente no fue triste para nada. Más bien era una fiesta, porque se sabía que el angelito había ido a los cielos, con el tatita Dios. Por eso, en una parte, se le pide a su mamá que deje de llorar por él. Si la mamá llora, las alas del angelito se mojan y no se puede ir al cielo.

Ayudé todo lo que pude en ese velorio porque quería aprender a hacer todos los detalles. El velorio del angelito es uno de los rituales más majestuosos del campo chileno. En él, se siente muy fuerte el espíritu y la vida. Se trata de darle una linda despedida a un pequeño ángel que sube al cielo, a juntarse con Dios, nada menos.

EL CIRCO VIENE A MI ENCUENTRO

DESPUÉS DE LA MUERTE de Vicente, me volví a Chillán para encargarme, con mi mamá, de mis hermanos. Aunque ella no quería que yo trabajara porque todavía era chica, lo hice igual. Las dos cosíamos y hacíamos otras mil otras cosas, porque había que alimentarlos a todos en la casa. A todo yo le hacía la punta, porque con las Aguilera ya había aprendido lo que era trabajar firme. Además sabía que quería sentirme responsable de mis hermanos y de mi familia. Hacía humitas para vender, empanadas, pan amasado, y me las arreglaba haciendo una infinidad de cosas, trabajitos de costura o de lo que fuera.

Mi hermano Nicanor estaba estudiando Ingeniería en Santiago y había que mandarle provisiones. Yo no me podía quedar de brazos cruzados. Trabajaba hartito y también me quedaba hasta bien tarde, igual que mi mamá.

Pero igual, soñaba con hacer algo entretenido, algo distinto, que me distrajera. Hacía tiempo que no oía música ni canto y los echaba mucho de menos. Pasó la primavera, el verano, el otoño y llegó el invierno. Y luego, volvió a llegar la primavera.

Un día en que estábamos todos acurrucados en la casa, con un poco de frío, alrededor de un brasero al que le quedaban los últimos rescoldos, oímos un ruido en la calle. ¡Venía un circo! Salimos corriendo con mis hermanos y miramos los carteles. Había un toni, que se reía con su inmensa boca. Y lo mejor: ¡ofrecían una función gratis!

Volvimos a la casa y tratamos de conseguir permiso para ir a la función. Pero mi mamá se puso firme y no quiso dejarnos ir por ningún motivo. Dijo que en la casa faltaba plata para comprar pan y no la íbamos a estar botando en circos de porquería. Cuando mi mamá se ponía firme, no había caso de convencerla. Por más que le rogamos, no quería dejarnos ir.



—¿Pero mamá, si es gratis, es una función de enganche, no cobran! —le dije yo.

Pero ella no creía en lo de la gratuidad y dijo que si íbamos, saldría por ahí algún engaño y que nos iban a cobrar.

Total, que no nos dejó ir.

Mis hermanos y yo estábamos desconsolados. Nos moríamos de ganas de ver la función. El anuncio que habíamos visto era muy bueno.

Al final, con mis hermanos decidimos ir nomás, pasara lo que pasara. Le dijimos una mentira a mi mamá para que nos dejara salir. Roberto le dijo que íbamos a ir al zanjón porque queríamos hacer pichí y que volvíamos altiro.

Y nos fuimos corriendo para el circo. La función fue maravillosa. Había domadores de fieras que se jugaban la vida metiendo la cabeza adentro de la garganta del león, trapevistas que volaban por el aire, contorsionistas, payasos, canciones, muchas canciones, muy buenas, cuecas, tonadas, cantos divertidos y picarescos. También había magia, prestidigitación y gimnastas asombrosos, que venían de partes muy lejanas, de países desconocidos, y animales maravillosos que ejecutaban pruebas increíbles.

Mi mamá primero creyó que habíamos ido al zanjón, pero después nos pilló, porque llegamos muy tarde. Cuando volvimos nos estaba esperando en la vereda, muy seria. Preguntó quién había sido el de la iniciativa. Bajé la cabeza. Ella me miró y me castigó a mí, sin salir, durante varios días.

A pesar de los castigos, los circos me encantarán durante toda mi vida.

EL TITO ME MANDA CARTA

HACE ALGUNOS MESES atrás recibí una carta muy importante. Era de mi hermano Nicanor, que estaba en Santiago. En ella me decía que me fuera a vivir donde unos parientes porque yo tenía que ir a estudiar allá, a la capital.

Sabía que al irme estaba dejando atrás todo mi pasado y mi infancia, que había sido feliz y libre. Sabía también que dejaría de ayudar a mi querida mamá. Lo pensé durante varios días. Lo pensé, lo pensé, y, al final, decidí hacerle caso a Nicanor.

Me costó mucho irme del campo. Era como irse de uno mismo. Pero lo hice. Salí temprano por la mañana, sola, sin arrepentirme, sin mirar para atrás, porque si miraba sabía que me iba a acobardar. Con las piernas temblando me subí a un tren. Sigó mirando por la ventana el paisaje borroso con mis lágrimas. Poco a poco, Chillán se va quedando más y más y más atrás.

El viaje a Santiago no es fácil para mí; sé que ya no volveré a mi casa. Estoy temblando, llena de miedo. No sé por cuántas estaciones he pasado, pero han sido muchas, más de ochenta. Mi alma está llena de cosas: amarguras, malestares y pesares. Pero sigo adelante porque comprendo que es uno de los pasos más importantes de mi vida.

Finalmente, acaba de sonar una campana. El tren entra en la Estación Central. Me bajo del tren aquí en Santiago, con mi maletita, y miro hacia la inmensa cúpula de la estación, con todas esas vigas gigantes cruzando como rayos en el cielo. Sé que mi infancia terminó definitivamente. Me doy cuenta de que he dejado de ser una niña.

Ahora soy una adolescente.

FIN



ANA MARÍA DEL RÍO CORREA

Santiago, 1948. Escritora chilena, cuentista y novelista. Es también Profesora de Castellano de la Universidad Católica de Chile. Tiene un M.A. en Literatura obtenido en la universidad de Rice, Houston, TX, el año 1989. Realizó estudios de Doctorado en la Universidad de Pittsburgh, Pennsylvania, PA. Su producción se ha publicado tanto en Chile como en España, Argentina, Alemania, Italia y Estados Unidos. Debutó en el ámbito literario con su libro *Entreparéntesis* en 1985, con el cual ganó el Premio Municipal de Cuentos de la Municipalidad de Santiago, y un año después, lanza su primera novela con el título *Óxido de Carmen*, que abordaría la problemática de la familia chilena tradicional en un audaz paralelo con la dictadura chilena imperante en aquel tiempo. La novela tuvo repercusión en la literatura femenina latinoamericana de la década de 1980; con este trabajo, Ana María del Río se alzaría con el Premio María Luisa Bombal. Con sus siguientes obras, *Amalia en el Umbral*, *A tango abierto* y *Tiempo que ladra* fue ganadora, respectivamente de los Premios Andrés Bello de novela (1990), Municipal de Novela (1995) y Letras de Oro de Miami (1989). También obtuvo el Premio Secretaría General del Gobierno por la teatralización de su nouvelle *Óxido de Carmen*. Su más reciente galardón lo obtuvo en 2005 con el Premio Municipal de Literatura Juvenil con *Lita, la niña del fin del mundo*.

KARINA COCQ MUÑOZ

Santiago, 1984. Es licenciada en Artes, mención Artes Plásticas de la Universidad de Chile y especializada en Ilustración de publicaciones infantiles en EINA, Barcelona. Desde 2010 ha ilustrado para diferentes instituciones como el Programa Explora de CONICYT, Museo de la Memoria y los Derechos Humanos, Fundación Pablo Neruda, y Revista *Había una Vez*, entre otros. Su últimas publicaciones son *TAMIKA*, publicado por Lom Ediciones y *Juanita Carey* álbum ilustrado editado por Cocorocoq Ediciones. En 2013 realiza su primera exposición individual en Galería Loba (Valparaíso) y en 2014 expone junto a Cecilia Toro “Piel Oscura” en Plop Galería. Su trabajo fue seleccionado para el primer catálogo de ilustración chilena contemporánea *Ilustración a la Chilena* durante 2013 y es parte del 4to y 6to Catálogo iberoamericano de ilustración, Iberoamérica Ilustra. Su trabajo se destaca por el uso de las acuarelas, la tinta china y el lápiz grafito, dando origen a imágenes cargadas de simbolismo y realismo mágico.



Yo soy la feliz Violeta es una publicación de Ediciones Biblioteca Nacional, perteneciente a la colección infantil y juvenil, que conmemora el natalicio de Violeta Parra Sandoval (1917-1967). El libro, escrito por Ana María del Río, es una autobiografía/ficción, basada en las Décimas de Violeta Parra donde recrea sus primeros quince años de vida, su infancia y los recuerdos en su natal Chillán. El título del libro está tomado textualmente de una de las décimas autobiográficas de Violeta sobre aquella época. El texto fue compuesto con la familia tipográfica *Biblioteca*, desarrollada por Roberto Osses junto a Diego Aravena, César Araya y Patricio González. La forma de este colofón está inspirada en el trabajo que Mauricio Amster realizó en la obra *Impresos Chilenos 1776-1818* (1963). Es un homenaje a su contribución al desarrollo del diseño y la producción editorial de nuestro país. Esta edición consta de 1.500 ejemplares y fue impreso en Salesianos Impresores. Santiago de Chile, noviembre de 2017.





dibam

DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS,
ARCHIVOS Y MUSEOS

EL PATRIMONIO DE CHILE